Serra

EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LIRICAS.

AMAR POR SEÑAS.

COMEDIA EN CUATRO ACTOS Y EN VERSO.

MADRID.
Imprenta de José Rodriguez, calle del Factor, núm. 9.
1855.

PUNTOS DE VENTA.

Madrid: ***libreria de Cuesta, calle Mayor, núm. 2.***

PROVINCIAS.

Albacete.	Serna.
Alcoy.	V. de Martí é hijos
Algeciras.	Perez.
Alicante.	Ibarra.
Almeria.	Alvarez.
Aranjuez.	Sainz.
Avila.	Rico.
Badajoz.	Ordaña.
Barcelona.	Viuda de Mayol.
Bilbao.	Astuy.
Burgos.	Hervias.
Cáceres.	Valiente.
Cádiz.	V. de Moraleda.
Castrourdiales.	García de la Puente.
Córdoba.	Lozano.
Cuenca.	Mariana.
Castellon.	Gutierrez.
Ciudad-Real.	Arellano.
Coruña.	Garcia Alvarez.
Cartagena.	Muñoz Garcia.
Chiclana.	Sanchez.
Ecija.	Garcia.
Figueras.	Conte Lacoste.
Gerona.	Dorca.
Gijon.	Ezcurdia.
Granada.	Zamora.
Guadalajara.	Oñana.
Habana.	Charlainy Fernz.
Haro.	Quintana.
Huelva.	Osorno.
Huesca.	Guillen.
Jaen.	Idalgo.
Jerez.	Bueno.
Leon.	Viuda de Miñon.
Lérida.	Rixact.
Lugo.	Pujol y Masia.
Lorca.	Delgado.
Logroño.	Verdejo.
Loja.	Cano.
Málaga.	Cañavate.
Mataró.	Abadal.
Murcia.	Mateos.
Motril.	Ballesteros.
Manzanares.	Acebedo.
Mondoñedo.	Delgado.
Orense.	Robles.
Oviedo.	Palacio.
Osuna.	Montero.
Palencia.	Gutierrez é hijos.
Palma.	Gelabert.
Pamplona.	Barrena.
Palma del Rio.	Gamero.
Pontevedra.	Cubeiro.
Puerto de Santa Maria.	Valderrama.
Puerto-Rico.	Marquez.
Reus.	Prins.
Ronda.	Gutierrez.
Sanlucar.	Esper.
S. Fernando.	Meneses.
Sta. Cruz de Tenerife.	Ramirez.
Santander.	Laparte.
Santiago.	Escribano.
Soria.	Rioja.
Segovia.	Alonso.
S. Sebastian.	Garralda.
Sevilla.	Alvarez y Comp.
Salamanca.	Huebra.
Segorbe.	Clável.
Tarragona.	Aymat.
Toro.	Tejedor.
Toledo.	Hernandez.
Teruel.	Castillo.
Tuy.	Martz. de la Cruz.
Talavera.	Castro.
Valencia.	M. Garin.
Valladolid.	Hernaiz.
Vitoria.	Galindo.
Villanueva y Geltrú.	Pers y Ricart.
Ubeda.	Treviño.
Zamora.	Calamita.
Zaragoza.	»

AMAR POR SEÑAS.

COMEDIA EN TRES JORNADAS Y EN VERSO

DE EL MAESTRO TIRSO DE MOLINA.

REFUNDIDA Y PUESTA EN CUATRO ACTOS

POR

D. NARCISO SERRA.

MADRID.
Imprenta de José Rodriguez, calle del Factor, núm. 9.
1855.

PERSONAJES.	ACTORES.
BEATRIZ.....	Sra. D.ª Teodora Lamadrid.
CLEMENCIA.....	Sra. D.ª Carmen Carrasco.
ARMESINDA.....	Sta. D.ª Amalia Gutierrez.
LISARDA.....	Sra. D.ª Carmen Carábes.
DON GABRIEL.....	Sr. D. Julian Romea.
MONTOYA.....	Sr. D. Joaquin Arjona.
CARLOS.....	Sr. D. Manuel Ossorio.
ENRIQUE.....	Sr. D. Victorino Tamayo.
FELIPO.....	Sr. D. Francisco Lumbreras.
RICARDO.....	Sr. D. Gregorio Lavalle.
CRIADO 1.º.....	Sr. D. N. Cubas.
CRIADO 2.º.....	

La accion es en Lorena.

La propiedad de esta comedia pertenece á los Señores Gullon y Regoyos, Directores de la Galeria lírico-dramática El Teatro, *y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en los teatros de España y sus posesiones, ni en Francia y las suyas.*

ACTO PRIMERO.

Selva.—Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

D. Gabriel *y* Montoya, *de camino*.

Mont. Echéle las maneotas,
colgué el freno del arzon,
maleta y caparazon,
de la color de tus botas.
En el verde pavimento,
entre juncia, espliego y grama,
pueden servirte de cama.
Mas debo ser un jumento,
un...

Gabriel. ¿Empiezas?

Mont. Con un tino
como mula de alquiler,
pues camino sin saber,
cómo ni por qué camino.
¿Qué mosca te dió?.. Te ví,
poco ha, con cara serena
vencer nobles de Lorena
en su capital Nancy.
Danzaste á satisfaccion
de todo el salon ducal

717172

Mis ojos á ese desliz
dan lágrimas por despojos...
divierta la guerra enojos,
que amor pudo ocasionar:
si me perdí por mirar,
yo castigaré mis ojos.
¡Beatriz, hija y sucesora
del gran duque de Lorena,
don Cárlos de Orleans, (¡ay pena!)
ha de desposarse agora!...
Su belleza me enamora...
y yo á Cárlos sirvo y sigo,
y amo á Beatriz, y desdigo
mi orígen acrisolado...
No puedo servir criado
á aquel á quien vendo amigo.
Enfrena, Montoya, enfrena;
que no necesito el dia
cuando la luna es mi guia:
lastimada de mi pena,
porque salga de Lorena
mi resolucion apoya.
En ese incendio de Troya
deja mi resolucion
quemarse mi corazon.
(Sale Ricardo con una maleta debajo del brazo, y se pone delante de D. Gabriel.)

ESCENA III.

RICARDO, D. GABRIEL.

GABRIEL. ¿Es Montoya?
RICAR. No es Montoya.
GABRIEL. ¿Quieres algo?
RICAR. Lo que tengo.
GABRIEL. ¿Qué tienes?
RICAR. Todos los bienes,
que en esta maleta tienes,
te los he robado, y vengo
á decírtelo.
GABRIEL. ¿Estás loco?

RICAR. No ; pero estoy obligado
á quien esto me ha mandado,
y sé que no te ama poco.
GABRIEL. ¿Qué dices?
RICAR. Esto que digo.
GABRIEL. ¿Que me robes te mandó
quien bien me quiere?
RICAR. Y soy yo
de sus desvelos testigo.
GABRIEL. ¿Y gusta que me des cuenta
del hurto que has hecho?
RICAR. Si.
GABRIEL. ¿Quién es?
RIBAR. Cerca está de aqui.
GABRIEL. Dime su nombre.
RICAR. No intenta
que le sepas por ahora.
GABRIEL. ¿No? Pues ¿cuándo?
RICAR. Mas despacio.
GABRIEL. ¿Dónde está?
RICAR. ¿Ves el palacio
del bosque? Pues en él mora.
GABRIEL. Sepa yo cómo se llama.
RICAR. Que lo ignores determina.
¿Conoces á la sobrina
de Felipo?
GABRIEL. Hermosa dama.
RICAR. Pues no es esa la curiosa
inventora de esa empresa.
¿Sabes quién es la duquesa
en Lorena de Joyosa?
GABRIEL. ¿No he de saberlo? Es Clemencia;
de dos hijas la menor
del duque.
RICAR. Pues no es su amor
quien quiere impedir tu ausencia.
GABRIEL. ¿Pues quién? que me vuelves loco.
RICAR. Ya conoces á Beatriz
GABRIEL. ¡Qué dices! ¡Suerte feliz!
RICAR. Pues no es Beatriz tampoco.
GABRIEL. ¡Oh bárbaro burlador!
¡Viven los cielos!...

RICAR. Despacio.
En ese hermoso palacio
te tiene una dama amor,
que desea conocerte,
y ver, si en España amaste,
por qué ocasion te ausentaste,
y agora intentas volverte.
Dióme para esto la traza
que has visto, y ejecuté:
la maleta te robé;
que á no hacerlo me amenaza
no menos que en la cabeza,
y harálo, que es poderosa:
sabrá por ella curiosa
tu estado, patria y nobleza;
pues claro está que ha de hallar
papeles, que de esta duda
la saquen. De intentos muda,
sin resolverte á ausentar.
Bendecirás tu fortuna
cuando conozcas quién es,
porque es una de las tres,
y de las tres no es ninguna.
GABRIEL. Tente...
RICAR. Sígueme, si quieres. (*Huyendo.*)
GABRIEL. ¿Me retas?... Acepto el reto:
yo te arrancaré el secreto
y el corazon que tuvieres.
(*Váse tras Ricardo.*)

ESCENA IV.

MONTOYA.

¡Ay, que me he dormido en pié!
¿Hiciera mas un liron?
¿Pero qué es de mi frison?
Maniatado le dejé.
¡Oigan esto, vive Dios,
que se me acogen con él
un hombre!—Cuatrero cruel,
espera, aguarda... Otros dos

van corriendo uno tras otro.
¡Ay, tambien falta el cojin!
Trampantojos de Merlin
nos llevan maleta y potro.
La luna me está diciendo
que es mi ámo aquel que corre.
Si él la maleta socorre,
y yo el caballo defiendo,
¡oh enlunada claraboya!
sacrificaréte un gallo.
¡Pícaro! deja el caballo;
que es pupilo de Montoya.
(*Quiere entrarse, pero salen dos criados que le cogen por las espaldas.*)

ESCENA V.

Dos Criados, Montoya.

Criad. 1º Tenga; que hay mucho que hacer.
Mont. ¡Ay! Por detrás y conmigo
¿qué hacen?
Criad. 2º Punto en boca, digo.
Mont. Señores, no es menester
apuntar boca: la mano
meta en esa faltriquera
el uno, que yo quisiera
ser un príncipe: no gano
mas que una triste racion
y con ella veinte reales
de salario, aun no cabales,
porque es mi dueño un pelon.
Doce de estos hallarán
con otra mosca menuda:
quien la maleta nos muda,
si rompe su cordoban,
desembolsará doblones,
que en Francia llaman del sol:
yo soy un pobre español.
Criad. 2º Acortemos de razones;
que no nos trae su dinero.
Atadle esas manos bien.

(*Se las atan atrás.*)

MONT. ¿Mi dinero no? ¡Pues quién?

CRIAD. 2º Allá lo sabrá.

MONT. Si muero,
díganme por qué delito.

CRIAD. 2º Con el lienzo le vendad
los ojos.

MONT. No hice maldad
por obra ni por escrito.
Si mi dueño derribó
tres monsiures, ¿en qué peca
un lacayo, pica seca,
que en su vida se metió
en justas ni en pecadoras?
Por solo no tornear
dejé en su torno de hablar
tres monjísimas señoras.

CRIAD. 1º Ande y calle.

MONT. ¿A dónde bueno,
ó para qué tantas prisas?

CRIAD. 1º Diráselo allá.

MONT. ¿De misas?
¿Luego á *requiem* me condeno?

CRIAD. 1º En chistando, claro está.

MONT. No muy claro, pues á obscuras
me llevan. De estas venturas
la fortuna me dará
infinitas.—¡Estoy fresco!

CRIAD. 1º Ande y calle.

MONT. ¡Ay, amigo!
Todo lo que yo no digo,
lo está diciendo el gregüesco.

Sala de la quinta. Una chimenea; un torno como de monjas en la pared; una luz en un bufete.

ESCENA VI.

RICARDO, *con la maleta, huyendo,* D. GABRIEL, *que le sigue con la espada desnuda.*

GABRIEL. Al fin te he encontrado.

RICAR. ¿Y qué?
GABRIEL. Dadme esa maleta.
RICAR. No.
CABRIEL. Encierra joyas, que un dia
fueron recuerdos de amor,
y no ha de dejar robarlas
un caballero español.
RICAR. Pues esas joyas verán
una dama y otras dos,
y quizás las feries tú
á quién las honre mejor.
GABRIEL. Defiéndelas con la espada.
RICAR. A poder ser, vive Dios,
lo haria, que hasta hoy ninguno
me retó dos veces. (*Mata la luz.*)
GABRIEL. ¡Oh!
¿Qué haces matando la luz?
RICAR. Cumplir con mi obligacion:
evitar que tú me toques
para no tocarte yo.
Una de las tres princesas
que dije te tiene amor,
y de las tres no es ninguna.
GABRIEL. Me vuelves demente.
RICAR. Adios.
Duerma, calle y adivine
el caballero español.
(*Váse cerrando la puerta.*)

ESCENA VII.

D. GABRIEL.

Espera. Fuése, y mató
la luz, cerrando la puerta.
Cuando tanto enigma advierta,
¿podré interpretarle yo?
De tres damas, que nombró,
afirma que la una es
quien bien me quiere, y despues
que no es de las tres ninguna.
¿Cómo, si es de las tres una,

no es ninguna de las tres?
No será Beatriz hermosa;
que ha de casarse mañana
con el de Orleans; no su hermana;
que ha de ser de Enrique esposa;
no Armesinda generosa,
que es muy niña su belleza
para tanta sutileza:
pensamientos, poco á poco,
que me vais volviendo loco;
desvaria mi cabeza...

ESCENA VIII.

D. Gabriel *y* Montoya, *bajando atado por el cañon de la chimenea, y con una venda puesta.*

Mont. Y yo me rompo la mia.
Gabriel. ¡Quién va!
Mont. Otro descabezado.
Mi cabeza se ha quebrado,
y la tuya desvaria.
Soy un compañero.
Criad. 1.° (*Desde arriba, dentro.*) Ya
soltadle. (*Cae Montoya.*)
Mont. ¡Ay! Desloméme,
tullíme, desvencijéme
del golpe.
Gabriel. Hombre, tente allá,
si no quieres que te mate.
Mont. ¿Qué mas tenido me quieres,
si estoy atado?
Gabriel. ¿Quién eres?
Mont. Ese es gentil disparate.
Vésme, y no te puedo ver,
¿y eso preguntas? Yo he sido
lacayo, y ya soy Cupido
vendado. ¿Quién puede ser
un hombre cuando no vea?
Gabriel. ¿Quién eres, en conclusion?
Mont. Soy tuétano del cañon
de toda esa chimenea.

Duélete de un pobre mozo.

GABRIEL. No te veo.

MONT. ¿No, por Dios?
¿Luego estaremos los dos
en el Limbo ó en el pozo?

GABRIEL. ¿Es Montoya?

MONT. ¿Es don Gabriel?

GABRIEL. ¿Cómo ó quién te trajo aqui?

MONT. ¿Sélo yo? Llégate á mí,
desátame ese cordel,
que me tiene estropeado,
mientras mis dichas te cuento.

GABRIEL. Pues desataréte á tiento. (*Desátale.*)

MONT. ¿Luego tambien te han vendado
los ojetes como á mí?

GABRIEL. No; pero estamos á obscuras.

MONT. ¡Provechosas aventuras
nos suceden! Hácia aqui.
¿Topaste con la lazada?

GABRIEL. Álzate.

MONT. (*Levantándose.*) Gracias á Dios.
¿A dónde estamos los dos?

GABRIEL. En una casa encantada.

MONT. ¿Encantada? ¡Desvarias!
¿Qué dices?

GABRIEL. ¿Qué he de decir,
si no hay por donde salir?

MONT. Libros de caballerias
alquilaba mi racion,
donde topaba Amadises,
Esplandianes, Belianises,
que de region en region
por barbechos y rastrojos,
descuartizando gigantes
deshacian, siendo andantes,
los tuertos y aun los visojos;
donde sabios de ventaja,
encantaban de una vez,
princesas de diez en diez,
por quítame allá esa paja;
mas siempre estos hechiceros,
(que los mas eran traidores)

encantando á sus señores,
dejaban sus escuderos.
¿Quieres apostar, señor,
que los monsiures caidos
nos embaulan, ofendidos
de su afrenta y tu valor?

GABRIEL. Ténlo por cierto.

MONT. ¡Ay dolor!
¡y sin cenar nos cogieron!
¿Sabes, si de hambre murieron
los encantados, señor?

GABRIEL. ¡Qué diferentes cuidados
son los tuyos de los mios!

MONT. Diremos mil desvarios,
que estamos encantusados.
Mas mejor fuera buscar
la puerta de este castillo,
si no han echado el rastrillo.
(*Llaman dentro, dando golpes en el torno.*)

GABRIEL. Oyes: ¿No sientes llamar?

MONT. Demasiado que lo siento
y aun lo lloro...

GABRIEL. Calla: á ver...

MONT. ¡Qué indigesto debe ser
cenar un encantamento!
Segunda vez han llamado,
y es el toque en la madera
de la puerta: no quisiera
(*Váse llegando á tiento al torno.*)
que hubiera algun lazo armado,
ó trampa por donde voy;
que todo encanto es tramoya.

GABRIEL. Anda, no temas, Montoya.

MONT. Como no sé donde estoy...

GABRIEL. En una sala adornada
de doseles y pinturas.

MONT. Pues la puedes ver á oscuras,
no está para tí encantada.
Llego á tiento hácia la parte
que pulsa el tal llamador.
¿Quién llama? ¿Quién es?

(*Llega al torno, que se vuelve, y le coge la cabeza.*)

¡Señor!

¡Jesus!

GABRIEL. ¿Quién puede asombrarte?

MONT. Una cosa, que se anda
al rededor, y me muerde.
¡Ay si fuese el dragon verde,
que fué palafren de Urganda!
Llega presto, si deseas
que no me desmaye.

GABRIEL. (*Llégase, y tienta el torno.*) Loco,
este es torno.

MONT. No le toco:
llega tú, pues que torneas.
(*Vuelve el torno con dos luces en candeleros de plata, recado para escribir, y un billete.*)

GABRIEL. ¡Con dos luces se volvió!

MONT. El *Lumen Cristi* cantemos:
di: *Deo gratias,* pues nos vemos.

GABRIEL. ¿Qué es aquesto?

MONT. ¡Qué sé yo!

GABRIEL. Todo esto tiene misterio.

MONT. Somos, caso estraordinario,
yo confesor, tú vicario,
y este nuestro monasterio.

GABRIEL. Un billete para mí
viene, y una escribania.
(*Toma el papel, y lee D. Gabriel el sobrescrito.*)

MONT. ¿Pues dónde hay monjas, podia
faltar billetico, di?
Respóndela con ternura;
que yo seré la andadera.
¡Ojalá con él viniera
la santa bizcochadura!
Dichosos fuimos los dos...
¡Qué necio discurso hice!

GABRIEL. Asi el sobre-escrito dice:
«Leed solo para vos.»

MONT. ¿Y para mí?

GABRIEL. Aparta allá.
MONT. En fin, topó tu recato
con horma de tu zapato.
GABRIEL. Retira. Acabemos ya. (*Lee.*)
«Por los papeles que os he usurpado, sé.
»don Gabriel Manrique, parte de vuestros
»amores. Quien temerosa de perderos os ha
»impedido el viaje, mas os le consentirá ce-
»losa. El cuarto de esta quinta, que os de-
»tiene, está deshabitado, y es imposible en
»él vuestra salida, mientras no jureis con la
»seguridad que los bien nacidos empeñan
»palabras y las firmeis de vuestro nombre,
»no partiros de nuestra córte sin licencia
»mia, no revelar á persona estos secretos, y
»conjeturar por señas cuál de las tres prime-
»ras damas es la que en palacio os apetece
»amante. Resolveos: ó en el silencio de esa
»prision vengarme he en vuestra muerte, ó
»disponeros á las dichas que os prometo;
»que por el riesgo que publicadas corren,
»importa por ahora el secreto, que os fia
»quien desea hallaros tan advertido como os
»ha visto valeroso. El cielo os guarde.»
(¿Pudo la imaginacion
en novelas marañosas,
sutiles por engañosas,
deleitar la admiracion
con mas estraño suceso?)
MONT. Sepa yo esa cosicosa.
¿Es verso? ¿Es papel en prosa,
ó anda en el aire tu seso?
¡Vive Cristo, que me apuran
los peligros que recelo!
(*Llégase á leer, y saca contra él D. Gabriel la daga.*)
GABRIEL. Loco... necio... ¡Vive el cielo!...
MONT. ¡Ay!... ¿Los encantados juran?
GABRIEL. Si otra vez aqui te llegas...
MONT. ¿Para qué aprendí yo á leer?
Si nada tengo de ver,
mas valiera estarme á ciegas.

GABRIEL. Retírate en hora mala.
MONT. ¿Para tí solo que leas
dice el papel? Nunca creas
monja, mientras no regala,
por mas ternezas que escriba.
GABRIEL. «Y conjeturar por señas...» (*Lee.*)
MONT. Las monjas son halagüeñas;
mas si esta no es donativa
tripularla con desden,
ó acudia con cena y camas.
GABRIEL. «Acertad de las tres damas (*Recordando.*)
cuál es la que os quiere bien...»
MONT. Las dos dan: ¡por Dios, que es tarde!
¿Ni cenado ni dormido?
¡Bueno va!
GABRIEL. (*Lee.*) «¡Tan advertido!...»
MONT. ¡Tan hambriento!...
GABRIEL. «El cielo os guarde.»
(*Para sí.*) ¿Si será Beatriz la dama
de tanto artificio àutora?
Mas no, que á Cárlos adora.
¿Si es Clemencia?... Mas no, que ama
á Enrique. ¿Si es Armesinda?...
¡Despenadme, cielo santo!
MONT. ¡Miren si escapa el encanto!
¡Por Dios, que la flema es linda!
GABRIEL. (Pero séase quien fuere,
¿dejaréme yo morir
rebelde por no admitir
leyes de quien bien me quiere?
No me manda este papel
que ame yo, sino que firme
ser secreto, y no partirme;
pues ¿qué riesgo corro en él
cuando por señas colija
quién es quien me hace dichoso?
Obedecerla es forzoso.)
MONT. Mala noche y parir hija.
En fin, ¿no habremos de hablarnos
en toda esta encantacion?
GABRIEL. Respondo á satisfaccion.
(*Pone el recado de escribir y la luz sobre*

un bufete. Escribe.)

MONT. Pues paciencia y pasearnos.
¿Escribes? Eres discreto.
Embillétala, y verás
los regalos que tendrás:
en villancico ó soneto
conquista diez mazapanes.
Dila que con la andadera
le enviarás flores y cera
para uno de los San Juanes;
que qué puntos calzar suele;
que si hay ataifor ó caja
que nos dé flor de borraja,
ó en fin, que nos bizcotele,
ó que nos saque de aqui.

GABRIEL. (*Notando y escribiendo.*)
«Haré de mi dicha alarde
»discreto y fiel.=Dios os guarde.=
»Don Gabriel.» Bueno está ansí.
Cierro, y no le sobre-escribo,
porque su nombre no sé.
Vuelvo al torno.
(*Pone el papel en el torno, y pónele con otra luz.*)

MONT. ¿No podré,
oh señor el mas esquivo
del orbe para quien vive
contigo, ver un adarme
del dicho papel? ¿Matarme
quieres? ¿Qué es lo que te escribe
la soror encantatriz?

GABRIEL. (La esperanza y el temor
con la lealtad y el amor
desean, bella Beatriz,
que seais vos de este empleo
el dueño, y no lo seais.
¿Qué he de hacer, cuando causais
deseo contra deseo,
sino enloquecer confuso?)
(*Llaman por dentro al torno.*)

MONT. No está el tiempo para gracias.
Otra vez llaman: *Deo gratias.*

(*Vuélvese el torno con luz y con un tabaque grande y curioso lleno de comida: cúbrenle unos manteles y sobre ellos viene otro papel.*)
Sin respondernos nos puso
un tabaque previsor.
¡Cuerpo de Dios, don Gabriel,
qué bien que huele!

GABRIEL. ¡Y sobre él
otro billete!

MONT. (*Levantando los manteles.*) ¡Oh soror!
¡La mas callada obradora
de cuantas amor registra!
¡Hágate el cielo ministra,
abadesa, correctora,
guardiana, archibispesa,
pontifisca, preste Juana!

GABRIEL. «Leed para vos.» (*Lee.*)

MONT. ¡Oh humana
divina! Pongo la mesa:
esta es sopa: este es capon:
estos pichones: estotros
gazapos; niños ó potros
ternera está! ¡Y qué sazon
para quien está en ayunas!
Cómo yo muy bien ternera.
El pomo con la contera;
ensalada y aceituuas
con la fruta de sarten.
De tales encantamentos
vengan á diezes y á cientos
per omnia sæcula, amen.

GABRIEL. (*Leyendo para sí.*)
«Cumplid lo jurado; que en amaneciendo ha»llareis desembarazada la salida; y advertid »que os va la cabeza en el secreto. Camas »hay, en que reposeis lo que os han de per»mitir (á lo que juzgo) mis artificios: cuanto »mas os desvelaren, mas tendré que agrade»ceros: aunque á participar vos mis cuida»dos, no dormireis mucho ni poco. El cielo »os guarde.»

(Alto, discurso; dejad
de atormentar mi sentido:
obligado, agradecido
he de ser: cualquier beldad
de las tres puede dar pena
amorosa al mismo sol,
cuanto y mas á un español
pobre, y extraño en Lorena.)
Toma esa luz.

MONT. ¿Para qué?

GABRIEL. Trae todo eso.

MONT. ¿A dónde vamos?
Si aqui encantados estamos,
y hay quien regalos nos dé,
¿no es mejor cenarlo aqui,
que probar mas aventuras?
¿Qué sabes tú si hay figuras
de Rufalda y Malgerí,
que nos lo quiten delante?
que suele salir jayan,
que se engulle un ganapan
con carga y todo.

GABRIEL. Ignorante,
calla, y ven: que prevenida
nos tiene, quien nos regala.
cama y mesa en esa sala,

MONT. Entra antes tú, que mi fama
no es de valiente, y sintiera
que algun duende me saliera
de debajo de la cama.

GABRIEL. Entra conmigo.

MONT. Eso si.
Tú eres valiente, y me fundo.
Por todo el oro del mundo
no me descoso de tí. (*Vánse.*)

ESCENA IX.

DOÑA BEATRIZ *y* RICARDO, *por la puerta secreta.*

BEATRIZ. Tuerce la llave.

RICAR. (*Cerrando la puerta por donde se fueron*

Gabriel y Montoya.)
Ya está.

BEATRIZ. Ahora silencio, y á Dios.

RICAR. Princesa, entre los dos
el secreto morirá.
Mi fortuna os debo entera....

BEATRIZ. Pues de no perderla cuida.

RICAR. Si me pidierais la vida,
la vida tambien os diera.

BEATRIZ. Basta que me hayas servido.
Ahora parte á Italia, donde
con el titulo de Conde
mi padre honra tu apellido;
y ruega que en esta empresa
logre mi amante desvelo.

RICAR. Yo...

BEATRIZ. Guárdele al Conde el cielo.

RICAR. Guarde el cielo á la Princesa.

ESCENA X.

DOÑA BEATRIZ.

Llave, que guardas mi bien,
que á mi bien tienes sujeto,
para guardar mas secreto
ven á mi corazon, ven.
Asi guardarte es razon,
pues me aseguras así
del español, á quien dí
la llave del corazon.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Salon de palacio.

ESCENA PRIMERA.

BEATRIZ, CLEMENCIA, ARMESINDA. *Al levantarse el telon Clemencia debe levantar un papel y guardarle.*

ARMES. ¡Vistosas son! (*Viendo unas joyas.*)
CLEM. ¡Y de precio!
¡Es regalo de tí digno!
BEATRIZ. Digno de quién me lo envia:
me le trujo Carlos mismo
de España; y pues tantas son,
de entre ellas, dos elijo,
y os ruego que en mi memoria
las honreis.
ARMES. Prima, te estimo
la fineza... pero Carlos...
BEATRIZ. No se dará por sentido:
lleve tu pecho esta cruz
(*Poniéndola una de diamantes.*)
y á tu corazon sencillo
líbrele de escoger mal:
luzca esta banda tu brio.
(*A Clemencia poniéndosela.*)
CLEM. Mas Carlos...

BEATRIZ. No te dé pena,
que no ha de mirar esquivo,
si en tí vé mis joyas, ese
empleo que las destino.
ARMES. No ha vuelto desde la justa.
CLEM. Quizá estará con su amigo,
el caballero español,
que á los nuestros ha vencido.
ARMES. Es valiente el extranjero
y galan, segun me han dicho.
BEATRIZ. A mí me han dicho, que más
que galan, es advertido;
y es gran cualidad.
CLEM. Beatriz,
¡hablas de él con mucho ahinco!
BEATRIZ. Hermana, yo sé quien soy,
y á él como quien es, le estimo;
el español sirve á Carlos,
y este se casa conmigo.
ARMES. ¿Se sabe su origen?
BEATRIZ. Noble
debe ser, cuando vino
con el de Orleans. Mas, ¿qué es esto?
Hablando de él perdimos
tiempo de ver los diamantes.
Mirad: los hay peregrinos.
(Bien hace quién no se ha
ni de deudos ni de amigos.)

ESCENA II.

DICHAS: FELIPO, CARLOS, ENRIQUE.

CARLOS. Desde que ganó el aplauso
comun, habiendo salido
de la justa victorioso
y de parabienes rico,
no le he vuelto á ver, y estoy
recelándole peligros,
porque el valor extranjero
con gracias, medra enemigos.
FELIPO. Perded, Duque, esos cuidados,

que en Fráncia siempre han tenido
hidalgas estimaciones
extranjeros bien nacidos.
Yo le he enviado á buscar,
y no ha tanto que le vimos
honrar á España en Lorena
á costa de sus vecinos,
que su falta os desazone.

CARLOS. Ya mis pesares retiro
con la presencia olvidados
de las bellezas que he visto.
(*Hácense cortesía caballeros y damas.*)

FELIPO. Hijas, sobrina, quejosa
nuestra córte, el regocijo
podrá trocar en tristezas
á vista de tu desvio.
¿Por qué tan presto á Floralba?

BEATRIZ. Juzgo, señor, por prolijo
el tiempo que aqui no empleo;
criéme en estos retiros,
y no sé hallarme sin ellos.

CLEM. Y como á Beatriz seguimos,
y sin ella estamos solas,
fuerza el imitarla ha sido.

FELIPO. Los principales de Francia
por escusar el bullicio
de la confusion plebeya,
moran quintas y castillos;
no es mucho que apetezcais
la amenidad de este sitio,
que por lo poco distante
de Lorena, habreis querido
gozar de uno y otro á tiempos.

ESCENA III.

DICHOS, D. GABRIEL, MONTOYA.

MONT. (*Hablando con su amo á la puerta.*)
Con todos los Duques dimos,
gracias á nuestra alcaidesa,
que nos alzó el entredicho.

GABRIEL. (Aqui está Beatriz hermosa,

con ella á Clemencia miro;
su prima las acompaña:
ya estoy en el laberinto
de mi confusion amante:
discursos, demos principio
á conjeturas dudosas;
ojos, saquemos en limpio
por señas, mis desengaños.)

CARLOS. ¡Don Gabriel!

GABRIEL. Príncipe mio...

CARLOS. ¡Retirado y victorioso!
¿Hiciérades mas vencido?
¿Desde ayer tarde sin vernos?

GABRIEL. Militares ejercicios
honrando, gran señor, cansan:
dió treguas á su fastidio
y mi sosiego la noche.

CARLOS. Con recelos la he dormido
de alguna desgracia vuestra.
Hablad al Duque Felipo.

GABRIEL. Dadme, gran señor, la mano.

FELIPO. De las vuestras necesito
para derribar con ellas
soberbias de presumidos.
Mucho le debeis al cielo:
pues tanto con vos propicio,
como con otros avaro,
en todo perfecto os hizo.

GABRIEL. Honra, señor, vueselencia
estranjeros; y yo estimo
mas el favor que me hace,
y el estar en su servicio,
que las penas que encarece
y no tengo.

ENRIQUE. Vos sois digno
de la privanza con Carlos,
venturoso en elegiros.

GABRIEL. Bésoos la mano mil veces.

ENRIQUE. Hemos de ser muy amigos.

GABRIEL. Muy vuestro esclavo, señor,
es solo el nombre que admito.

FELIPO. ¿Qué decis de Beatriz?

GABRIEL. Nada á la princesa digo,
y tal vez por lo que callo
comprenderá lo que admiro.
CLEM. (Beatriz, te dijeron que era
discreto, y no te han mentido.)
FELIPO. Sois cual valiente, galan:
la suerte á Carlos envidio,
puesto que privais con él.
GABRIEL. Solo él es de envidia digno,
no por mi amistad, sino
porque va á ser vuestro hijo.
CARLOS. (*Bajo á D. Gabriel.*)
Ojalá, Gabriel, no aciertes:
amo á Clemencia y te pido
que á solas me busques, pues
de tí á solas necesito.
GABRIEL. (Pedidme albricias, deseos,
á mi amor os habilito:
lealtad ya os quitan estorbos;
amad, amor, no os lo impido.)
ENRIQUE. Un torneo hemos trazado
esta noche; mi padrino
habeis de ser, porque espero
que le mantendré lucido
como vos en él entreis:
otorgadlo si os obligo.
GABRIEL. Favorecéisme hasta en eso:
que era el vencerme preciso
á oponerme á vuestras armas.
FELIPO. Venid, pues, á preveniros.
¿Qué colores son las vuestras?
ENRIQUE. Blanco leonado y pajizo.
FELIPO. Pues venid, que la divisa
tengo que daros yo mismo,
en prueba de que me place
tal eleccion de padrino.
CARLOS. (*Aparte á D. Gabriel.*)
¡Oh! si Beatriz te amase,
Gabriel, qué júbilo el mio!
(*Vánse los Príncipes.*)

ESCENA IV.

DICHOS: *menos los* PRÍNCIPES.

MONT. (¿Quien dirá al ver tan afable
á ese buen Duque Felipo,
que por cualquier frusleria
cuelga á un prójimo de un pino?)
¿Hemos de estarnos aqui
hasta el dia del juicio,
ó rematan con los nuestros,
guiados por sus caprichos?

GABRIEL. (Esa es Armesinda bella;
(*Cruza Armesinda la sala para retirarse.*)
risueña, en sus ojos pinto
esperanzas que no acepto
porque á Beatriz las dedico.
Pero ¡ay cielos! la lazada
de diamantes y zafiros,
que entre sus joyas me dió
mi Gerarda al despedirnos,
honra Armesinda en su banda.
Amor, ¿qué mas señas pido?
Si fué ella la usurpadora
del robo que anoche me hizo
el ladron, todo misterios?
En años, ¡cielos! tan niños,
¿pueden caber sutilezas
tan estrañas?)

ARMES. (*Bajo á D. Gabriel.*)
Mucho envidio
la dama, español bizarro,
dueño de vuestros sentidos,
que quien á vos os merece
será en belleza un prodigio. (*Váse.*)

ESCENA V.

BEATRIZ, CLEMENCIA, D. GABRIEL, MONTOYA.

GABRIEL. Esto está ya declarado.
¡Gracias á Dios que averiguo,
á pesar de obscuridades,
geroglíficos de Egipto.
¡Ay, Beatriz! ¡Qué he de perder
mi esperanza, agradecido
á favores no buscados,
mas por cortés admitidos!
(*Pase Clemencia.*)
¡Clemencia es esta, y aquella
la cruz, que de mi martirio
fué instrumento, y de Gerarda,
no diamantes, sino vidrios!
¿Qué es esto, sueños despiertos?
Ojos, ¿podré desmentiros?
Alma, ¿podré recusaros?
Amor, ¿podré reprimiros?

CLEM. (*Bajo á Gabriel.*) Yo conozco, don Gabriel,
cierta dama, que me ha dicho
que tiene el gusto español,
despues que en Francia os ha visto.
(*Váse.*)

ESCENA VI.

BEATRIZ, D. GABRIEL. MONTOYA.

MONT. Bergamota es esta pera:
¡madura está vive Cristo!
Vaya con cáscara y todo,
que no ha menester cuchillo.

GABRIEL. (Yo estoy loco, yo lo sueño:
¡de mí propio me distingo!
No os doy crédito, ilusiones:
no os escucho, no os admito.
(*Pasa por delante de él Beatriz, sin mirarle, leyendo un papel.*)

Beatriz grave y desdeñosa
aun no me ha juzgado digno
objeto para sus ojos.) (*Váse Beatriz.*)

ESCENA VII.

D. Gabriel, Momtoya.

Mont. Esta es de casta de pinos;
royo espetado y derecho
parece de pergamino.

Gabriel. (¡Las demas me favorecen
hablándome! ¡Y aun no quiso
siquiera Beatriz mirarme!
Amor, si sois discursivo,
filosofad ingenioso.
¡Vive Dios, que hay escondido
en esto mas de un misterio!
Problemas, ya soy Edipo.
¿De palabras favorables
las dos y humanas conmigo,
y Beatriz, toda severa,
con tal silencio? Este aviso
es exámen de mi ingenio;
certidumbres sois, indicios;
las señas fueron no hacerlas;
cifras con cifras descifro.
Para deslumbrarme mas
las joyas ha repartido
en todas, y con no verme
quiera que viva advertido
de lo que el secreto importa.
Esto es lo cierto: esto sigo:
amar por señas sin señas
sabrán los bien entendidos,
sirviéndoles yo de ejemplo.)

Mont. ¡Ay, qué cari-acontecido
estás!... ¿Qué tienes, señor?

Gabriel. Vete, Montoya.

Mont. Bendito
el amo primero sea,
que «vete, Montoya,» dijo.

(Voy á ver si la del torno
el encanto ha repetido:
lo único que á mí me encanta
del encanto son los guisos.) (*Váse.*)

ESCENA VIII.

D. Gabriel, Clemencia *con un papel en la mano.*

Clem. Poco, papel, te estimaron
las manos que te perdieron;
mas pues mis ojos te vieron,
y mis manos te tocaron,
en tí mucho he de aprender;
que mucho á callar enseñas.
Gabriel ha de amar por señas...
Yo las señas he de ver,
y aclararé mis recelos,
si Armesinda ó Beatriz...
¡No sé qué tengo, infeliz!
Si que lo sé. ¡Tengo celos!
Aqui el español está...
¡Qué suspenso! ¡Qué elevado!
El primer enamorado,
sin saber de quién será;
porque si de tres es una,
y no conoce quién es,
mientras pretendiera á tres,
no vendrá á tener ninguna.
Don Gabriel...
(*Vuelve como de una profunda suspension.*)

Gabriel. ¿Señora mia?

Clem. Retirado os han los ojos
contemplativos enojos
al alma; mas ¿qué seria
que mereciese Lorena
ofreceros la ocasion
de tan tierna suspension?

Gabriel. Sabrosa fuera esa pena;
mas ni yo la he merecido,
ni, estraño aqui, me prometo
tanto bien.

CLEM. Siempre el secreto
es blason del bien nacido.
Habíanme dicho á mí
que una hermosa tirania
blasonaba que os tenia
sin alma.

GABRIEL. ¿En Lorena?

CLEM. Si;
y que, aumentando suspiros,
entre apacible y cruel
os obligó en un papel,
á prometer no partiros
sin gusto suyo.

GABRIEL. (¡Ay, cuidado!
Si señas buscando andais,
ya las teneis: ¿qué dudais?)
¡Papel!

CLEM. Y en él empeñado
el valor, que obliga á un hombre
de vuestra sangre y talento;
su fiador un juramento,
y su firma vuestro nombre.

GABRIEL. (Probar quiere de la suerte
que cumplo en saber guardar
secretos: yo he de negar
las señas, con que me advierte,
mientras mas no se declara,
y á lo contrario me obliga.)
No sé, señora, qué diga
á mentira que es tan clara.
¿Yo papel? ¿Yo juramentos?
¿Yo emplee en esta ciudad!

CLEM. Pues lo negais, escuchad,
oid encarecimientos,
que de puro exagerados
vuestro crédito recelan.

GABRIEL. Si á algun celoso desvelan,
gran señora, mis cuidados,
é intenta con ese ardid
perseguirme...

CLEM. Don Gabriel,
vuestro es aqueste papel,

(*Mostrando el que él escribió.*)
vuestra aquesta firma. Oid. (*Lee.*)
«Ensoberbeciérame la dicha de tan no espe-
»rado bien, si la esperiencia de mis pocos
»méritos no me avisara ser mas curiosidad
»de saber á lo que se estiende el talento de
»los españoles, que empleos fuera de los lí-
»mites de sujeto tanto. Mas, como quiera
»que sea, mi señora, yo estoy dispuesto á
»obedeceros en todo; y ansí, desde hoy vi-
»viré muy subordinado á vuestras órde-
»nes; jurando por la fé de caballero, de no
»âusentarme de esta córte sin vuestro es-
»preso gusto, de desvelar mis sentidos has-
»ta averiguar (como mandais) por señas
»cuál de las tres bellezas superiores de esta
»casa me dispone á tanta dicha, y de no co-
»municar con viviente mercedes tan deudo-
»ras del silencio; sujetándome al castigo
»propuesto, si lo profanare, y apercibiendo
»desde aqui los ojos, en cuyo estudio haré
»alarde de mi suerte. El cielo os guarde pa-
»ra felicidades superiores, etc.—Don Gabriel
»Manrique.»
Decid que no es vuestra ahora
la carta de obligacion
que os tiene casi en prision.

GABRIEL. Si habeis sido vos la autora
del exámen que quereis
hacer de mi ingenio corto,
y yo la lengua reporto
con el recato que veis,
¿para qué mas confusiones,
equivocando las señas,
que entre esperanzas pequeñas
atormentan mis pasiones?
Vuecelencia, ¿qué procura?
¿A qué propósito agora
leerme el papel, señora,
que os escribió mi ventura?
¿Hé yo acaso delinquido
contra lo que en él prometo?

¿Comuniqué su secreto
loco de favorecido
con persona que se alabe
que mi palabra rompí?
Desde el punto que seguí
el que vuecelencia sabe,
favorable robador
de mi caudal (ya dichoso
por ser vos su dueño hermoso),
hasta agora, ¿en qué el valor,
que profeso, os ha ofendido?
¿He dicho yo la ocasion
de mi agradable prision,
encerrado y detenido
en el cuarto, cuyo adorno
solo pudo vuestro ser?
¡Quién hay que pueda saber
lo de la sala y el torno?
la industria ingeniosa y nueva
de entregarme á mi criado,
el hospicio regalado,
de quien sois ilustre prueba,
los dos papeles discretos
al paso que misteriosos,
que me intiman amorosos
la guarda de estos secretos,
la afable serenidad,
que, cuando libre salí,
en vuestro semblante vi,
y luego...

CLEM. Tened, parad;
que vais confundiendo cosas
de algun frenesí compuestas.
¿Qué torno ó salas son estas?
¿Qué prisiones misteriosas?
¿Qué robador? ¿Qué criado?
Don Gabriel, ¿estais en vos?

GABRIEL. No sé, señora, por Dios;
débolo de haber soñado.
Si secretos, que sabeis,
esos mismos estrañais;
si tantas señas negais,

y conmigo os ofendeis,
porque con vos me disculpo,
mucho os debe de importar
el verme desatinar.
Mi atrevida lengua culpo:
no se trate mas en esto.

CLEM. ¿Yo á vos dos papeles? ¿Yo
joyas robadas? ¿Quién vió
frenesí tan manifiesto?

GABRIEL. Ilusion debió de ser.

CLEM. ¿Hácia qué parte de casa
cae el cuarto donde pasa
tanto engaño? ¿En qué mujer
sospechais que pudo haceros
burlas, que fingiendo estais?

GABRIEL. Si á vos misma os preguntais,
podré por mí responderos;
que yo no oso declararlo.

CLEM. ¿Un torno, decis, que habia
en la sala, que os tenia
preso?

GABRIEL. Debí de soñarlo.

CLEM. ¡Enseñad los dos papeles
que esa dama os escribió!

GABRIEL. Señora...

CLEM. Mándooslo yo.

GABRIEL. Los bien nacidos son fieles.
Mientras no tenga evidencia
de que vos la beldad fuisteis
que esas cosas dispusisteis,
bien podrá vuesa excelencia
con mi muerte en su rigor
esperimentar aprietos...
mas no saber los secretos
que hacen prueba en mi valor.
Morir honrado, eso si;
manchar mi fama, eso no.

CLEM. ¿Y os persuadis á que yo
la dama encubierta fuí,
que quiso esperimentar
con traza y modo tan nuevo
vuestro ingenio?

GABRIEL. No me atrevo,
por no ofenderos, á hablar.
CLEM. Acabad, no me enojeis;
este es mi gusto, que intento
saber con qué fundamento
de los discursos que haceis,
la persona adivinais,
que os obliga á *amar por señas.*
GABRIEL. No son, señora, pequeñas
las que en ese papel dais,
aunque me arriesgue á arrojarme
en tal golfo.
CLEM. Quereis bien,
en fin, sin saber á quién?
GABRIEL. ¿De qué sirve examinarme?
CLEM. Don Gabriel, ved advertido,
ya que os habeis empeñado,
en que no todo llamado
alcanza á ser elegido,
y que ardides ingeniosos,
joyas poco defendidas,
prisiones favorecidas,
papeles dificultosos,
torno, salas y ocasiones,
son exámenes discretos
de vuestro ingenio y secretos,
id averiguando acciones;
y advertid, si imaginais
que de lo que ha sucedido
yo, Gabriel, la autora he sido,
que acertais, y no acertais. (*Váse.*)

ESCENA IX.

D. GABRIEL.

¡Cómo, si acierto, no acierto?
¡Válgate Dios por mujer!
¡Otra vez me vuelvo á ver
en el golfo y en el puerto!
¡Otra vez, confuso, advierto
la paradoja importuna

de mi equívoca fortuna;
no hay que dudar: Clemencia es
la que es una de las tres,
y de las tres no es ninguna.
Acertar y no acertar
¿no es lo mismo? ¿De qué suerte
será posible que acierte
en lo que es forzoso errar?
Si por señas he de amar,
que Clemencia me ama es cierto.
¡Ay, cielos! Sueño despierto,
pierdo cuando estoy ganando,
soy lince, y á oscuras ando,
y, en fin, acierto y no acierto.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del acto anterior.

ESCENA PRIMERA.

ARMESINDA *y* MONTOYA.

ARMES. Dejad el miedo.
MONT. ¡Ay, señora!
¡Ojalá á mí me dejara!
Cuanto sueño, cuanto miro
desde la noche pasada,
se me antoja chimeneas,
guindaletas, tornos, trampas,
aventuras, estantiguas,
monjas, jayanes, fantasmas,
quintas, castillos, quimeras.
¡Válgate el diablo la casa!
ARMES. ¿A quién servis?
MONT. ¿Pues yo sélo?
Cristiano soy por la gracia
de Dios; serviréle á él;
y despnes de Dios al Papa,
que en su iglesia vicariza;
y tras este al rey de España
hasta tener lamparones,
que me cure el rey de Francia;

luego á don Gabriel Manrique,
á quien en palacio embauca
un duende monjitornero,
que invisible nos regala.

ARMES. Venid acá.

MONT. Estoy venido.

ARMES. ¿Sabreis decirme la causa,
que tanto melancoliza
á vuestro dueño?

MONT. ¿No basta
á entristecer cuatro bodas
una noche toledana,
un torno tras un torneo,
una maleta mamada,
una cena por tramoya,
tres billetes y dos camas?

ARMES. ¿Qué decis? ¿Estais en vos?

MONT. Debo estar en Guatemala,
y mi dueño en Guatebuena;
despertadme vos, madama,
tirándome las narices.

ARMES. Mi curiosidad mal trata
saber tu secreto.

MONT. Pues
escuche la mal tratada.
Va de cuento: mi señor,
despues de las alabanzas,
que en el sarao y torneo
le dieron duques y daifas,
sin comunicar conmigo
secretos, que me los guarda,
no sé yo con qué conciencia,
siendo toda su privanza,
sin chistárselo á persona,
de noche ensillar me manda;
y, dejando estos paises,
iba á enfardelar á Holanda.
Brindóle el sueño dos millas
de esta selva encantusada,
que á esta quinta, ó á esta sesta
sirve de sombra ó guirnalda;
y apeándose en su centro,

mientras convida á ensalada
á nuestro frison la yerba,
peregil de la cebada,
recostado en el cojin,
y yo dormido en estátua,
quiero decir, como grullo,
la luna entre yema y clara,
le hurta un hombre la maleta.
Corre en su alcance, la espada
in puribus, por el bosque;
y yo, abriendo las pestañas,
oigo cuitas de rocin,
cuarteado de dos maulas.
Quise desfacer el tuerto;
pero por detras me agarran
dos galalones monsieures;
ojos y boca me embargan,
y sin decir chus ni mus,
las manos á las espaldas,
en la silla atado el cuerpo,
y en Sansueña presa el alma,
á escuras corro la posta,
hasta que despues me abajan;
luego á un tejado me suben,
y al cabo de esto, me envainan
por un esmeril de yeso,
guindándome hasta una sala,
sin haberse otra vez visto
lacayo por cerbatana.
Conocímonos á ciegas
mi dueño y yo, y á mi instancia
desencordelado el cuerpo,
las lumbreras me destapa;
pero entrambos tan á escuras
como antes, porque la sala,
avarienta de un candil,
sin luz nos desatinaba.
Alternábamos á versos
él y yo nuestras desgracias
con temor de otras peores,
y hétele que á un torno llama
no sé quién; fuimos á tiento,

y respondiendo *Deo gratias*,
se nos vuelve un bofeton;
y sin hablarnos palabra,
nos presenta dos bujias
encendidas y una carta,
con papel, pluma y tintero.
Mi dueño de mí se aparta;
leyó para sí el billete;
treinta veces le repasa
santiguando el frontispicio;
pregúntole el por qué, y calla;
mas respondiendo con otro,
vuelve la atahona, y halla
tercer billete, y con él
una pródiga canasta
de potable y comestible.
Gozamos de la abundancia,
y acostándonos repletos
en dos magníficas camas,
despertamos á las trece,
hallamos la puerta franca,
y atravesando salones,
dignos todos de un patriarca,
nos hallamos á la vista
de tres duques, tres madamas
y tres mil encantamentos.
Esto, en suma, es lo que pasa,
y lo que yo alcanzar pude:
juzgue ahora, siendo alcalda,
si es maravilla que crea
que de Medusas y Urgandas
está este palacio lleno,
y que alguna nigromanta
enmaga con su hermosura
á cuantos viven en casa.

ARMES. A no teneros por loco,
y juzgar que disparatan
vuestros discursos enfermos,
no sé lo que maliciara
de todas esas quimeras.

MONT. Voto á toda una semana
de fiestas y de domingos,

aunque entre en ellos la pascua,
que es lo que digo tan cierto
como que hay bellezas calvas,
que se solapan con moños;
que hay títulos con mohatras,
que hay doncelleces con hijos,
que hay tintoreros de barbas,
y que hay dientes de alquiler,
que se mudan.

ARMES. Basta, basta.
En fin, ¿á vos os trajeron
á un cuarto de nuestra casa,
y á vuestro señor tambien
por engaño?

MONT. Por fayancas
nocturnas encantatrices.

ARMES. ¿Pues qué hizo entonces la espada
de vuestro dueño que, ociosa,
de dos hombres no os libraba,
siendo español tan valiente?

MONT. ¿Pues contra encantos hay armas
que defiendan á un Golias?
Cuando se le antoja, saca
un libro enano del seno
el nigromante ó la maga,
y en leyendo dos renglones,
á pares los grifos bajan,
que desmayan Palmerines,
y los llevan en volandas
á la isla de las lechuzas.
Poco sabe de las chanzas
de un friston encantador
contra príncipes de Jauja.

ARMES. ¿Torno la pieza tenia?

MONT. Mantenia y torneaba;
pues á las tres torneaduras
cena nos dió torneada.

ARMES. ¿Y no sabes en efecto
lo que contienen las cartas
ó papeles?

MONT. Pretendílo;
pero sacando la daga

contra mí (mal le conoce),
me echó mucho en hora mala;
que para vuesa excelencia
no hay secreto de importancia
que le reserve mi boca.

ARMES. Cosas me contais estrañas.
Recibid esta cadena.

MONT. ¿Para qué?

ARMES. Para trocarla
por un secreto, que intento
fiaros.

MONT. ¿Cadenas? ¡Guarda!
Non fago yo esas sandeces.

ARMES. ¿Por qué?

MONT. Temo, siendo maula,
que en carbon me la conviertan
los duendes de esta posada.

ARMES. Bueno está ya de locuras;
acabad.

MONT. Tómola. Vaya
de interrogacion agora.

ARMES. ¿A quién, decid, en España
tuvo don Gabriel amor?

MONT. Una ninfa toledana
sospechamos que le puso
tal vez silla, y tal albarda
los que andábamos con él.

ARMES. ¿Que lo sospechaste?

MOMT. Guarda
mi señor tanto secreto,
que con darnos leche un ama,
y fiarme la despensa,
no me fia una palabra.
Pero como amor es niño,
y los niños nunca callan,
sacamos por los gorjeos
quién es á quien dice mama.

ARMES. ¿Y quién era la dichosa?

MONT. Era y es una Gerarda,
digna de todo un cabildo
de Pramos.

ARMES. ¿Muy bizarra?

MONT. Tan bizarra y gentil hembra,
que á no ser desmantelada,
con guarniciones de fria,
entre desaires de larga
y presunciones de boba,
pudiera ser archidama.

ARMES. ¿Quiso á vuestro dueño mucho?

MONT. Quiso á muchos; que mudaba,
como si fueran camisas,
tres á tres cada semana.

ARMES. ¡Válgame Dios! ¡Mujer noble,
y tan fácil!

MONT. Suspiraba
por lo ido, y lo venido
la daba al momento en cara.

ARMES. ¿Y por qué vuestro señor
se ausentó?

MONT. Porque esta daifa
dicen que escribió contra él
á nuestro rey quejas falsas,
y don Gabriel, por servirla,
cuando vió que deseaba
rempujarle, puso tierra
en medio.

ARMES. ¡Fineza estraña!

MONT. Dióle al partirse unas joyas,
pesarosa de esto: ¡tanta
es su variedad!

ARMES. ¿Por qué
se partió, si le llamaba,
y á su amor se reducia?

MONT. Por haber dado palabra
de acompañar nuestro duque,
y por ver si la mudanza
hace en él de las que suele;
que esta es general triaca.
Esto sospécholo yo,
que como á puerta cerrada
pudre don Gabriel secretos,
y ninguno los alcanza,
hablo á tiento en sus amores.
Lo que me pesa, madama,

es que volaron las joyas.

ARMES. ¿Cómo?

MONT. En la maleta estaban
que nos guzmió el bandolero.

ARMES. ¿Eran ricas?

MONT. Empedradas
de diamantes mas que un trillo.

ARMES. ¿Qué, en efecto, no os engaña
lo de la prision y el torno,
confusiones y desgracias?

MONT. Por Dios...

ARMES. Ahora bien; yo quedo
satisfecha y informada,
aunque en confusion, de cosas
que os han de ser de importancia,
si sabeis guardar la lengua.

MONT. ¿A mí?

ARMES. A vos. No digais nada
de lo que vos me habeis dicho
á vuestro señor.

MONT. Me tapa
los labios esta cadena.
Vueselencia, pues es sabia,
calle tambien y averigüe,
porque si mi amo alcanza
que me deslicé, no doy
por mi vida una castaña. (*Váse.*)

ESCENA II.

ARMESINDA.

¡Bien hayas, criado vendido,
y tu indiscrecion bien haya!
Niña Armesinda, pues todos
niña Armesinda te llaman,
y desatienden por niña,
hoy el ser niña te valga;
y siendo niña traviesa,
opon tramas contra tramas,
para ver cuál de las primas
al español te arrebata;

y si al fin nada consigues,
véngate y descubre á entrambas,
y luego, como eres niña,
todo ha sido una niñada. (*Váse.*)

ESCENA III.

CARLOS, D. GABRIEL.

CARLOS. ¡Esto ha de ser!
GABRIEL. Mas señor...
CARLOS. Ha llegado ya de Francia
un pliego del rey mi hermano,
que esa boda desbarata.
Yo no amo á Beatriz: la estimo:
lazo que no forma el alma
le conciertan conveniencias
y da por fruto desgracias.
Don Gabriel, tú eres mi amigo;
paga, pues, mi confianza;
una mentira inocente;
finge que á Beatriz amas...
GABRIEL. No me creerá...
CARLOS. Si, porque
yo apoyaré tu demanda.
Asi escuso mi desvio,
y asi mi amistad te ensalza.
GABRIEL. Mas, señor...
CARLOS. Sé que al fingir
amor que no te avasalla
has de violentarte, mas
mi cariño te lo paga.
GABRIEL. (¡Ay, cielos! ¡Si en verdad cierta
la mentira se tornára!..)
CARLOS. Felipo llega, y Beatriz
y Enrique le acompañan.
El pliego trae en la mano
que rompe todas mis trabas.
Gabriel, á fingir amor.
GABRIEL. Fingiré, pues tú lo mandas.

ESCENA IV.

D. Gabriel, Felipo, Beatriz, Enrique, Carlos.

Felipo. Duque, asuntos de importancia
me hacen buscaros.
Carlos. ¡A mí!...
Felipo. Este pliego recibí
poco há del rey de Francia:
quiero que Enrique, Beatriz
y vos juntos le escucheis,
y que por él no llegueis
á ser ninguno infeliz. (*Lee.*)
«Duque primo: aunque con mi gusto y per-
»mision se partió mi hermano á desposarse
»con Beatriz, vuestra hija, importa á mi ser-
»vicio que por agora se suspenda ese casa-
»miento, ó se ejecute con su hermana Cle-
»mencia. Yo estoy viudo, Francia sin here-
»dero, Beatriz digna de mas alta fortuna,
»vos propincuo á nuestra sangre, y mi coro-
»na deseosa de sujeto que la merezca: con-
»siderad las mejoras que de esta accion se os
»siguen, y la obligacion que os corre el cum-
»plir lo que ordeno.—Yo el Rey.»
(*Representa.*) Esto el rey, nuestro señor,
me escribe.
Carlos. Fuerza ha de ser,
por no irritar su rigor,
sentir al obedecer
los malogros de mi amor.
No sin causa mis recelos
mis bodas apresuraban,
pues profetas mis desvelos
en calma pronosticaban
la tormenta de mis celos.
Deme Clemencia la mano,
si en tal pérdida merezco
el bien que con ella gano;
y sepa que le obedezco
el rey, mi señor y hermano.

ENRIQUE. Eso no, duque, eso no:
prendas que en el alma estimo
no he de enagenarlas yo:
mi sangre es real: vuestro primo
me llama Francia; no os dió
mas accion natúraleza
que á mí; ni las majestades
ofenderán su grandeza.
Amor de las voluntades
es rey, si vos sois su alteza.
Clemencia está agradecida
á mi voluntad: Clemencia
dirá, de vos ofendida,
que no es el amor herencia
que se ha de usurpar en vida.

CARLOS. Duque, yo á Beatriz adoro,
y á mi rey vivo sujeto;
su padre está aqui...

ENRIQUE. No ignoro
que pretendeis en secreto
mudanzas contra el decoro
que en su hermosura ofendeis;
y que al rey, á quien echais
la culpa que vos teneis,
no es mucho que obedezcais,
si os manda lo que quereis.
Dueño soy de prometido
de Clemencia; mi fé labra
en ella amor mas que olvido;
su padre me dió palabra
de su esposo; esta le pido,
y esta, cuando se me niegue,
buscará satisfaccion
armada.

FELIPO. Duque, no os ciegue
sin discurso la pasion,
tanto que á perderos llegue.
A Clemencia os ofrecí,
subordinando en mi rey
palabras, que entonces dí.

ENRIQUE. ¿Esa es nobleza? ¿Esa es ley?
No tiene dominio en mí

el rey de Francia: mi estado
solo al César reconoce,
de Francia privilegiado.
Primero que Cárlos goce
la prenda que me ha usurpado,
la venganza y el rigor
atajará incovenientes:
mi agravio tiene valor,
poder y armas mis parientes,
celos fuerzas, y yo amor. (*Váse.*)

FELIPO. No sin causa está quejoso,
que es amante, y ofendido:
templarle será forzoso,
que va con razon sentido,
y es Enrique poderoso. (*Váse.*)

ESCENA V.

BEATRIZ, CÁRLOS, D. GABRIEL.

BEATRIZ. Muestras habeis, Duque, dado
en la mudanza presente
de que sois cuerdo obediente,
pero poco enamorado.
El interés coronado
probar mi firmeza quiso;
pero ofendida os aviso
que es tanta la presuncion
de mi altiva inclinacion,
que á mis piés sus lises piso.
Yo apetezco rendimientos,
finezas y voluntades,
no ambiciosas majestades,
que amenazan escarmientos.
Yo penetro pensamientos,
que honestais con la apariencia
de la hipócrita obediencia
que conmigo os disculpó.
Yo conozco al rey, y yo
sé que adorais á Clemencia.
(*Llora, mirando á Cárlos: vuelve luego la*
(*cabeza á D. Gabriel: riese.*)

GABRIEL. (Lágrimas á Cárlos. ¡cielos!
y al mismo tiempo con risa
mirándome, quien me avisa
que hay gustos entre desvelos!
Beatriz llora, y me dá celos;
Beatriz con risa provoca
mi esperanza ó cuerda ó loca;
¿á quien creeremos, enojos?
¿á las perlas de sus ojos,
ó á las risas de su boca?)

CARLOS. Beatriz, reflexionad,
y apreciad en su valer,
que si amor tiene poder,
tiene poder la amistad.
Vos, don Gabriel, despejad;
que peligra mi conceto
á guardar vuestro secreto.

BEATRIZ. ¿Un secreto?

CARLOS. Si, por Dios.
Yo he de deciros á vos
lo que él calló por respeto.
(*Hablando aparte con D. Gabriel á la puerta.*)

GABRIEL. (Llore por él, si es castigo
de su leve voluntad;
que siempre es leve piedad
llorar por el enemigo.
Ríase Beatriz conmigo,
porque esperanzas pequeñas
medren con muestras risueñas
la fé que conservan viva;
que en ellas mi amor estriva,
pues tengo de *amar por señas.*)

ESCENA VI.

BEATRIZ, D. CARLOS.

CARLOS. Señora, si os desobligo,
y á vuestra hermana pretendo,
es porque ofendido entiendo
que truje mi mal conmigo.

Quiero de suerte á un amigo,
y queréislo tanto vos,
que, puesto que sabe Dios
lo que me cuesta olvidaros,
no os he de amar por amaros
y daros gusto á los dos.

BEATRIZ. Duque, ¿qué decis? Volved
por vuestro seso y por mí;
no os precipiteis ansí,
y en mas mi opinion tened.
Vuestra mudanza ofended,
pero no, Cárlos, mi fama.
¿Qué amigo es? ¿Cómo se llama?

CARLOS. No disimuleis conmigo;
soy de que le amais testigo,
y él, correspondiente, os ama.
Pródigo intento y cortés
lograr con él una hazaña;
tendrá que envidiar España
desde hoy el valor francés.

BEATRIZ. Acabemos ya: ¿quién es
sujeto tan ponderado?

CARLOS. Duque, que á Castilla ha dado
sangre real; duque, en efecto,
de Nájera, que en secreto
es mi igual y es mi criado.

BEATRIZ. ¡Válgame Dios! ¿Don Gabriel
es duque? ¿Es tan gran señor?

CARLOS. En los ojos vuestro amor
os lleva el alma tras él.

BEATRIZ. A lo menos, si es mas fiel
que vos y menos mudable,
fuera ingratitud culpable
no amarle, cual presumis;
mas vos, ¿de qué colegis
defecto en mí tan notable?

CARLOS. (Mintamos un poco, amor;
que va hallando esta quimera
mas de lo que yo quisiera.)
Fiado de mi valor,
hasta el mínimo favor
me comunica.

BEATRIZ. En efecto,
¿no hay entre los dos secreto?
CARLOS. A persuadirme se anima
que fué por él el enima
de «entiéndame el mas discreto.»
Presentóme por testigo
del amor que le mostrais,
señas, que disimulais,
y él conjetura conmigo.
Si algunas destas os digo,
ya graves y ya risueñas...
BEATRIZ. Duque, ¿qué decis de señas?
CARLOS. Señas le apuran el seso.
BEATRIZ. ¿Pues él alábase de eso?
CARLOS. (Mentira, en mucho me empañas.)
BEATRIZ. ¿Señas, os ha dicho á vos,
que en mí alienta su esperanza?
CARLOS. La amistad todo lo alcanza,
y es mucha la de los dos.
BEATRIZ. ¿Yo señas?.. (¡Válgame Dios!
En hombre, que es tan perfecto
¿quede caber tal defecto?)
CARLOS. Por él, en fin, determino
que mude mi amor camino.
BEATRIZ. Sois vos todo gentilezas,
que él os podrá agradecer,
mas no yo, pues llego á ver
mi agravio en vuestras finezas.
¡Ay, cielos! Si dá en flaquezas
como esas, presumirá
señas, que dicho os habrá.
CARLOS. Muchas me contó, aunque obscuras,
y por esto no seguras,
que averiguando en vos va.
BEATRIZ. ¿Muchas y obscuras, decis?
CARLOS. Todo su pecho me fia.
BEATRIZ. (¿Qué escuchais, desdicha mia?
Necias industrias, ¿qué ois?)
CARLOS. Parece que lo sentis
como ofendida.
BEATRIZ. ¿Qué mucho,
si mis desdoros escucho

en quien ansí os engañó?
CARLOS. ¿O le amais, Beatriz, ó no?
BEATRIZ. (¡Con qué de congojas lucho!)
En fin, ¿es duque?
CARLOS. Y marqués
de Aguilar.
BEATRIZ. No sé que hiciera
de mi libertad, si fuera
en vez de español, francés.
CARLOS. (¡Alto, fingido interés;
ya os hizo el amor lugar!)
BEATRIZ. Pero podréisle afirmar
que alcanzará ventajoso
suertes, que merece airoso,
y pierde por no callar. (*Váse.*)

ESCENA VII.

CARLOS.

¡Si habré adivinado!.. ¡oh!
sin querer adivinar...!
¡Si su modo de pensar
el español me ocultó!...
¿y en vez de servirme, yo
soy quien le ha servido á él?
¡Mísero de don Gabriel!
El pésame te anticipo,
que nos ofende, y Filipo
cuando se venga es cruel.

ESCENA VIII.

CLEMENCIA.

Si yo conociese el dueño
que inadvertida perdió
el papel que ocasionó
los riesgos en que me empeño;
facilitára el cuidado
que confusa dificulto,
porque el enemigo oculto

mas daña que el declarado.
Ahora bien : aqui le hallé;
vuélvole al mismo lugar,
que escondida he de sacar
quién la perdidosa fué.
(*Echa el papel en el suelo.*)
Dudo en mi hermana y mi prima,
si bien con mas fundamento
en la segunda. Mi intento
á nuevas cosas me anima.
Cualquiera que pase de ellas,
en viéndole, le ha de alzar,
y si le perdió, ha de dar
muestras de gusto, y por ellas
quedaré informada yo.
Las dos estaban agora
en esa sala; no ignora
traza quien celosa amó.

ESCENA IX.

FELIPO, CLEMENCIA.

FELIPO. Clemencia, de tu eleccion
pende la paz de mi estado;
palabra á Enrique le he dado;
Cárlos te tiene aficion;
ama á Beatriz el de Francia;
ya tú sabes su poder:
consultar es menester
cosas de tanta importancia.
De tu entendimiento fio
riesgos que á tu arbitrio dejo.
CLEM. En el tuyo mi consejo,
siendo tuyo, será mio.
FELIPO. Ven, y á Armesinda los dos
digamos lo que haya en esto.
CLEM. (¿Hay estorbo mas molesto
que el presente? Ciego Dios,
mal podreis averiguar
quién es mi competidora,
si dejo el papel agora

y me obligan á ausentar.
¿Alzaréle? Pero no,
que si mi padre lo vé,
el crédito arriesgaré
que mi recato ganó.
¿Qué he de hacer? Poco dichosa
soy en amores.)

FELIPO. ¿No vienes?

CLEM. Si, señor.

FELIPO. Discrecion tienes,
que es milagro siendo hermosa:
busquemos los dos salida
á confusion tan cruel.

CLEM. (Volveos á perder, papel,
que mas que vos voy perdida.)

ESCENA X.

BEATRIZ.

Perdíle, y sin él confusa
desvanezco mi sentido.
¿Si acaso se me ha caido
por aqui? No tiene escusa
mi descuido. Echéle menos
agora: guardéle aqui.
(*Señalando la manga.*)
No sé cuándo le perdí;
sé mi desgracia á lo menos.
Si le halló mi padre... ¡Cielos!
Si alcanzó á saber por él,
con riesgo de don Gabriel,
mi osadia y sus desvelos...
Negaré disimulada,
aunque la vida me cueste.
Mas ¡válgame Dios! ¿no es este? (*Ábrele.*)
¡Ay, prenda tan mal guardada
cuanto con gusto adquirida!
no saldreis mas de mi pecho.
¡Qué de agravios que os he hecho!
¡Vos seais bien parecida!
Cuando agora por aqui

con Armesinda pasé
se me cayó : ya podré,
temores, volver en mí. (*Váse.*)

ESCENA XI.

FELIPO, ARMESINDA *y* CLEMENCIA.

FELIPO. Esto es lo consultado
por Clemencia, y de tí tiene cuidado
de suerte, que te estima
con afectos de hermana no de prima.
Condesa de Bles eres:
si al duque Enrique por esposo adquieres,
y yo le persuado
que olvidando á Clemencia trueque estado
y amor en tí, podemos
mudar en paces guerras que tenemos.

ARMES. Señor, en vueselencia
libré, muertos mis padres, la obediencia
que á ellos les debia:
mi voluntad es tuya mas que mia;
mas cosas de ese porte
no es cosa que la prisa les acorte.
Consúltalas despacio,
pues sobran consejeros en palacio,
que mirarán prudentes
si se atajan con eso inconvenientes;
y yo del mismo modo
entre tanto veré si me acomodo
á disponer deseos
tan libres en mi edad de esos empleos.

FELIPO. Tu discrecion, sobrina,
merece admiracion por peregrina.
Yo voy á consultarlos:
tú eres la paz del rey, de Enrique y Cárlos.
(*Váse Felipo.*)

ESCENA XII.

ARMESINDA, CLEMENCIA *y* BEATRIZ, *al paño.*

ARMES. (Examine voluntades
y haga Felipo esperiencia
entre tanto que en Clemencia
mis celos sacan verdades,
si quiere al español mas
que obedecer á mi tio,
que despues, pues no soy rio,
bien puedo volverme atrás.)

CLEM. (Si Armesinda lleva á bien
el dar á Enrique la mano,
salió mi recelo vano;
pero mis sospechas ven.
Si rehusa este concierto,
dándose por ofendida,
que Gabriel la trae perdida,
y mi temor salió cierto.)

ARMES. Prima, en notable cuidado (*A Clemencia.*)
hoy mis aumentos te ven;
darte puedo el parabien
de consejera de estado.
Tu padre, que dificulta
riesgos, que nacen de nuevo,
me afirma lo que te debo:
quedaréle á tu consulta
deudora; que es circunstancia
mucha que á Enrique se rinda
la libertad de Armesinda,
porque Beatriz reine en Francia.

BEATRIZ. (*Aparte, recatándose de las dos.*)
¿Cómo es esto de reinar?
¿Otra vez vuelve este miedo?
Desde aqui escucharlas puedo.

CLEM. ¿Qué quieres? Séte afirmar
que te estimo de manera,
que por tí me desposeo
del duque.

ARMES. ¿Ya yo no veo

que eres mi casamentera?
Débote voluntad tanta,
que no admites, y te pesa,
ser con Enrique duquesa
por ser con Cárlos infanta.

CLEM. Prima, reales intereses
efectuólos la ambicion;
prométote que no son
mis pensamientos franceses.

ARMES. Serán españoles, prima.

CLEM. ¿Cómo?

ARMES. ¿Pues no han de tener
alguna patria?

CLEM. ¿Es querer
pedirme celos?

ARMES. Enima
es esta, que tu amor traza;
y cuando piensas que está
secretísima, anda ya
á progones por la plaza.

CLEM. ¿Estás en tí?

ARMES. No te asombres;
que debe ser tu beldad
alcalde de la hermandad,
que prende en los campos hombres.

BEATRIZ. (¡Ay, cielos! Todo se sabe.
El español fementido
pródigo indiscreto ha sido,
perjuro dejó sin llave
secretos y confianzas.)

ARMES. Alcaide fué tu cuidado
del cuarto, en que retirado
diste á riesgos confianzas.
¡Qué ingeniosa te apercibes
de torno, tiniebla y salas!
¡Qué sazonada regalas!
¡Qué misteriosa que escribes!
Ya yo he visto los papeles,
cifras de tu estraño amor.

BEATRIZ. (Todo lo ha dicho el traidor.)

ARMES. No hay para qué te receles;
que ya el español me fia

secretos encomendados,
porque tercie en sus cuidados.
¿Luego piensas, prima mia,
que no me reveló señas,
ya en acciones, ya escritas,
en que dudas facilitas,
y animas cuando despeñas?
Pues advierte que me hace
agente de tus amores,
y sé todos los favores
con que intentas que se enlace
en laberintos dudosos,
no sé á qué fin prevenidos,
conceptos de dos sentidos,
obscuros por misteriosos.
El papel que te escribió,
el crédito que con él
te acredita...

CLEM. ¿Don Gabriel
eso de mí te mintió?

ARMES. Eso y otras liviandades
que callo. ¿De qué te admiras?
(Amor, digamos mentiras
para averiguar verdades.)

CLEM. (¿Mas si celosa de mí
mi prima se ha declarado
con él, y cuenta la ha dado
de cosas que presumí
guardar seguras en él?
No hay hombre, que no se alabe
de favores que no sabe:
imitólos don Gabriel.)

ARMES. No hay para qué recelarte
ya de mí: declárate
con los dos, ¿qué le diré
prima mia, de tu parte?

CLEM. Dile, prima, que por tí
facilitarle deseo
estorbos, y que en tu empleo
me tiene obligada á mí;
que no malogre invenciones
que tanto estudio te cuestan,

porque al cabo manifiestan,
aunque en sombra, tus pasiones;
que las joyas usurpadas
por tu industria, repartidas
tambien por tí, aunque escondidas
no engañan disimuladas;
que fácil se manifiesta
cualquier ardid estudiado,
si se afecta demasiado,
dile...

ARMES. ¿Qué locura esta,
prima engañosa? ¿A qué efeto
es tanto disimular?
Hácesle desatinar,
sábese ya tu secreto,
y atribúyesme quimeras
que ni por el pensamiento
me pasan!

CLEM. ¡Donoso cuento!
Mira, prima, cuando quieras
que por señas un amante
sus discursos encamine,
no le hagas que desatine;
procura de aqui adelante
probar su ingenio de modo,
que señas ni conjeturas,
ni sean del todo obscuras,
ni tan patentes del todo
que los demas las entiendan;
porque es fuerza que el cuidado
ande siempre desvelado,
y que sus ojos pretendan
inquirir en cualquier dama
acciones que acasos hechas,
den motivo á sus sospechas
y se piense que le ama.

ARMES. ¿Para qué gastas dotrina
que tú sola has menester?

CLEM. ¿Yo? pues mira, has de saber
que tu español imagina
que soy yo la arquitectora
de la máquina que hiciste;

que como le persuadiste
á amar por señas, é ignora
cuál de las tres de esta casa
es la que ha de obedecer,
apenas nos llega á ver
cuando estudioso nos tasa
las acciones mas pequeñas,
una risa, un volver de ojos...
con que al punto sus antojos
juzgan que le hacemos señas.

ESCENA XIII.

BEATRIZ, *oculta*, CLEMENCIA, ARMESINDA, D. GABRIEL.

GABRIEL. Princesa...
CLEM. Que os guarde Dios.
GABRIEL. ¿Os marchais porque yo vengo?
CLEM. Sobrado motivo tengo
para alejarme de vos.
GABRIEL. Pues yo ¿en qué os falté al respeto?
CLEM. Pronto á entender os darán
que si mereceis galan
desmereceis indiscreto.
GABRIEL. Princesa...
CLEM. Dejadme os digo.
GABRIEL. Dejadme que hable, y...
CLEM. No mas,
que, aun sin hablarme jamás,
dijerais que hablais conmigo. (*Váse.*)

ESCENA XIV.

LOS MISMOS, *menos* CLEMENCIA.

GABRIEL. Señora, en tan poca estima
me tiene Clemencia?
ARMES. Si,
y yo sé decir de mí
que digo lo que mi prima.
Y si ella, no yo, os prometo
que hoy á entender os darán

que si mereceis galan
desmereceis indiscreto.

GABRIEL. (¡A mí este nuevo bochorno!)
Escuchad, señora...

ARMES. No,
no os figureis que soy yo
la de la carta y el torno.

GABRIEL. Escuchad, señora...

ARMES. Es tarde.
Dios os guarde.

GABRIEL. ¿Con que asi
vais enojada de mí?

ARMES. Ya os lo he dicho. Dios os guarde.

ESCENA XV.

D. GABRIEL.

¿Pero qué es esto, señor?
¿Por qué culpa ó qué pecado,
pasándome de callado,
paso aqui por hablador?
Y me ven con malos ojos
esas damas ¡ay de mí!
Pero Beatriz llega aqui.
Temple al verla mis enojos.

ESCENA XVI.

D. GABRIEL, BEATRIZ.

GABRIEL. Harásele, gran señora,
á vueselencia de nuevo
el ver que hablarla me atrevo;
cosa rara en mí hasta agora;
pero alienta mi temor
quien puede, y por vos se abrasa.

BEATRIZ. Decid que no es nuevo en casa
teneros por hablador.

GABRIEL. ¿Hablador yo?

BEATRIZ. Proseguid.

GABRIEL. Mal su opinion acredita

quien la que tengo me quita,
mitiendo.

BEATRIZ. Decid, decid.

GABRIEL. Porque es la mas civil mengua
para mí...

BEATRIZ. Serán antojos
de quien os buscó todo ojos,
y os ha hallado todo lengua.
Decid.

GABRIEL. Envidia será
de quien con vuestra excelencia
lo que no osa en mi presencia...

BEATRIZ. Decid; acabemos ya.

GABRIEL. Afirma contra el valor,
que en mí esos desdoros teme.

BEATRIZ. Don Gabriel, decid, ó iréme;
que sois terrible hablador.

GABRIEL. Si en tal opinion me veo...

BEATRIZ. Dejad eso, y proseguid.

GABRIEL. Pues vos lo mandais, oid.
Yo deseo y no deseo
cumplir leyes y precetos
de quien á hablaros me envia,
y sus secretos me fia.

BEATRIZ. ¡Guardais vos muy bien secretos!
(*Saca, y hace que lee un papel.*)

GABRIEL. ¿Pues podeis vos ofenderos
de haberlos quebrado yo?

BEATRIZ. ¡Jesus! ¿Vos quebrardo? No.
¡Antes los decis enteros!

GABRIEL. El envidioso ignorante
que me juzga poco fiel...

BEATRIZ. Levantad ese papel,
(*Déjale caer de industria ella, y levántale él, mirándole*)
y proseguid adelante.

GABRIEL. (¡Ay, cielos! ¡Mi letra es esta!)

BEATRIZ. Dadle acá. (*Tómasele desdeñosa.*)

GABRIEL. Señora mia...

BEATRIZ Al que secretos os fia
podeis darle por respuesta
que estudie viendo escarmientos,

si el fiarse es cosa baja
de habladores de ventaja,
que infaman sus juramentos.

GABRIEL. ¿Y asi me dejais?

BEATRIZ. ¿Pues no?
Hombre fácil, que hablaria
hasta de un santo, ¿qué haria
de una mujer cómo yo?

GABRIEL. ¿Con qué soy hablador?

BEATRIZ. Si:

GABRIEL. ¿No tengo palabra?

BEATRIZ. No.

GABRIEL. ¿Y vos lo asegurais?

BEATRIZ. Yo.

GABRIEL. ¿Y aqui ya saben?...

BEATRIZ. Aqui.

GABRIEL. Pues aqui me muera...

BEATRIZ. ¡Bah!

GABRIEL. Si he dicho palabra...

BEATRIZ. Pues.

GABRIEL. De...

BEATRIZ. ¿Y cuál es de las tres
la que mas señas os dá?

GABRIEL. Señora, oidme.

BEATRIZ. No á fé.

GABRIEL. Dejad que me acerque...

BEATRIZ. ¡Atras!

GABRIEL. Y me sincere...

BEATRIZ. Jamás.

GABRIEL. Y que os convenza...

BEATRIZ. ¡De qué!
No es para nadie un secreto.

GABRIEL. (¡Oh! Loco me volverán!)

BEATRIZ. Que si mereceis galan,
desmereceis indiscreto.

ESCENA XVII.

D. GABRIEL.

Mal haya mi galanura
y mi indiscrecion tambien,

y yo tambien, contra quien
todo el mundo se conjura.
Si aun falta otra desventura
á mis desventuras locas,
pues con ellas me provocas,
y está para ellas el dia,
mándala, fortuna mia;
que las que tengo son pocas.

ESCENA XVIII.

D. Carlos, D. Gabriel.

Carlos. De la confianza necia,
que en vos mi amistad creyó,
sé que á España se pasó
la fé fallida de Grecia.
Basta que á Beatriz amais,
y dueño de sus desvelos,
por darme de veras celos,
los de burlas acusais.
Cuando yo puse los ojos
en Clemencia, si á su hermana
amó vuestra fé liviana,
escusárades enojos,
diciéndome la verdad;
que ya en vuestra lengua dudo;
pero amigo que es tan mudo
guárdese de mi amistad.

ESCENA XIX.

D. Gabriel.

¡Este tambien va de pique!
¡Todos contra este infeliz!
¡Armesinda, Beatriz,
Clemencia, Cárlos!..

Enrique. ¡Y Enrique! (*Entrando.*)

ESCENA XX.

DICHO *y* ENRIQUE.

ENRIQUE. Oí que á Clemencia amais:
mirad, si á eso os atreveis,
el empeño en que os poneis,
si conmigo os comparais;
y pues á Cárlos mirais
que le disputo á Clemencia,
mirad vos la diferencia
que va de Cárlos á vos;
y poniendo el alma en Dios...
deducid la consecuencia. (*Váse.*)

ESCENA XXI.

D. GABRIEL.

¡Bendita fortuna, amen!
Me desprecian, me amenazan
y me citan y me emplazan...
¡bien, fortuna, bien, bien, bien!
Si al cabo de esta tramoya
Felipo, ese buen señor,
viene, y me empala, mejor.

ESCENA XXII.

MONTOYA, D. GABRIEL.

MONT. Señor...
GABRIEL. Ven acá Montoya.
Dáme un cordel.
MONT. ¡San Gonzalo!
¿Qué me pides?
GABRIEL. Un cordel.
MONT. ¿Quieres zurrarme con él!
GABRIEL. Quiero ahorcarme.
MONT. (Menos malo.)
GABRIEL. ¿Por qué maltratarte á tí,

que siempre conmigo vas!

MONT. ¡Jesus, qué mal estarás,
cuando te acuerdas de mí!
(*Tiran por la ventana un papel con una piedra, que dá á Montoya.*)

MONT. ¡Ay!

GABRIEL. ¿Qué es ello?

MONT. Casi nada:
una pedrada, que...

GABRIEL. Si;
y un papel, que es para mí.

MONT. Y para mí la pedrada.
(*D. Gabriel recoge el papel, y lee.*)

GABRIEL. «Ya por esperienza sé
»cuán obediente y discreto
»vive por vos el secreto,
»que oculta os encomendé:
»no es bien que el premio le esté,
»que os ofrece la fortuna:
»ocasion hay oportuna;
»id como la vez primera
»al torno; que allí os espera,
»de las tres, la una y ninguna.»

MONT. Señor, tengo hambre canina,
y con tantas escaleras
me pierdo... Si tú supieras
llevarme hasta la cocina...

GABRIEL. ¡Al torno sin vacilar!

MONT. Corriente; al torno me torno;
que en el torno, de retorno,
es donde dan de cenar.

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

La sala del torno.

ESCENA PRIMERA.

BEATRIZ, LISARDA.

BEATRIZ. ¿Dió contigo?
LISARDA. No señora:
es oscura la escalera,
no la conoce, y perdíme.
BEATRIZ. Para bien mil veces sea;
porque esta noche, Lisarda,
quiero hacer la última prueba;
y pues oí de Armesinda
que con dádivas y ofertas
logró saber del criado
de don Gabriel, la manera
con que á palacio le truje,
y él siempre ha obrado con cuerda
discrecion, quiero saber
si le mueve la violencia;
y si es á mí á quien distingue
de las tres; que aunque lo anhela
mi alma, si la juventud
de Armesinda, ó de Clemencia
la hermosura me vencieren,

renunciaria á la empresa;
que en los palacios criada
aprendí por esperiencia
que no da el alma al amor
lo que el respeto á la alteza.
Si el español sabe que
del ducado la heredera
le ama, por respeto solo
habrá de corresponderla,
y yo nunca quiero amor
por obligacion ni fuerza.

LISARDA. Vanos temores, señora:
harto su rostro revela,
y harto sospechais que sois
de su albedrio la dueña.

BEATRIZ. Es que en materia de amores
no me bastan las sospechas.
¿Tienes listo el torno?

LISARDA. Si;
y la bujia y la esquela;
que soy vuestra secretaria,
y todos son de mi letra.

BEATRIZ. Tus aumentos desde hoy...

LISARDA. Señora...

BEATRIZ. Son de mi cuenta.
Y pues tan bien me has servido,
te mercaré una diadema...

LISARDA. ¿Como regalo de boda?

BEATRIZ. Tal vez; quién sabe .. Se acerca
la hora: vámonos, Lisarda,
antes que el español venga. (*Vánse.*)

ESCENA II.

CLEMENCIA.

La sala del torno... ¡si!
no hay duda, debe ser esta:
la puerta, que siempre estuvo
cerrada, la encontré abierta...
Celos, ya sois desengaños;
dudas, ya sois evidencia...

¿Es posible que una niña
humille asi mi soberbia?...
¡Oh! Me vengaré... A mi padre
le daré de todo cuenta,
y él hará que se disipen
de este arcano las tinieblas:
siendo yo la delatora,
no tendrá de mí sospechas...
Esto es lo mejor; le aviso,
y haré que al instante venga. (*Váse.*)

ESCENA III.

ENRIQUE, *por la puerta secreta.*

¡Celos, dónde me llevais?
¡Quizá á mi desdicha cierta!
Ví deslizarse una sombra
en un pasillo, y tras ella
corriendo, he venido á dar
con esta puerta secreta...
¡Ojalá que no se halle
para mi desdicha abierta!
Pero pues á su dintel
me ha conducido mi estrella,
aqui estoy mientras sus rayos
no me indiquen otra senda.

ESCENA IV.

CLEMENCIA, FELIPO.

CLEM. Esto es, señor, lo cierto;
Armesinda este ardid ha descubierto.
Lo que de mí has oido,
del modo que te afirmo ha sucedido:
á Enrique menosprecia,
no estima á Cárlos, porque loca ó necia
al español adora.

FELIPO. ¡De tantos embelecos inventora!
Clemencia, considera
que parece imposible tal quimera.

¿En tan pequeños años
puede Armesinda hacer tantos engaños?

CLEM. Para ellos la habilita
este cuarto, despues que no se habita
desde el año pasado
por las muertes que en él hemos llorado
de mi madre y señora
y del duque mi hermano: aqui inventora
de peregrinas trazas,
con tornos, con papeles y amenazas,
que ingeniosa dispuso,
del español el seso trae confuso.

FELIPO. Júzgote con tu prima
apasionada, viendo que no estima
á Enrique, cuando quieres
á Cárlos; sois estrañas las mujeres.

CLEM. Espera: haz una cosa;
darásme, si nos sale provechosa,
el crédito debido.
Aguarda al español favorecido;
tanto no tardará que te desveles;
consigo trae papeles
que le escribió una dama
á quien su confusion por señas ama;
conocerás sin duda
que la letra la autora amante y muda,
que el estilo profana,
con que amor hasta aqui su imperio allana.

FELIPO. Bien dices: de ese modo
sabré quién es, y se averigua todo.

ESCENA V.

ARMESINDA, FELIPO, CLEMENCIA.

ARMES. (Si el duque tanto insulto no castiga
en Clemencia, y mi pena no mitiga,
quedará mi esperanza
marchita en flor, sin fruto ni venganza.)
Señor, á darte cuenta de un agravio
doliente el corazon, medroso el labio,
buscándote venia,
que tu sangre es la mia,

y debo prevenirte las livianas
tramas, que manchar pueden esas canas.

FELIPO. Armesinda, ¿qué es esto?

ARMES. Sutilezas de amor, con que ha dispuesto
Clemencia, señor mio,
cuando tu ofensa no, su desvario.
Esa parte de casa
que no se vive, tu opinion abrasa.
Mi prima, que atropella
respetos de quien es, oculta en ella
á quien te certifique
la causa por que deja al duque Enrique.

CLEM. Desatinada vienes:
¡la culpa me atribuyes que tú tienes!
¿Perdiste el seso, prima?

ARMES. Ya se saben verdades de este enima,
ya el cuarto, el torno y salas
donde escribes, obligas y regalas
al español dichoso,
agora en posesion, antes dudoso.

FELIPO. ¡Qué es esto, cielo santo!

CLEM. Averigua, señor, enredo tanto,
que si la letra miras
de los papeles, no podrán mentiras
desdorar mi inocencia.

ARMES. Eso pretendo yo: haga esperiencia
la averiguacion sabia
de la agresora que tu casa agravia.

FELIPO. Echaré por el suelo,
abrasaré impaciente
el palacio, la autora, el delincuente
de tanto ciego insulto.

ARMES. (No has de lograr tu amor hasta aqui o culto.

CLEM. Con frívolas disculpas
disfrazas evidencias de tus culpas.

ARMES. ¡Qué loca te despeñas!

CLEM. Pues poco ha de lograr tu amor por señas.

FELIPO. Busquemos á Beatriz... venid conmigo,
y cuando mi enemigo
aqui no pueda ya negar mi afrenta,
yo sabré ¡vive Dios! tomarla en cuenta.
(*Vánse.*)

ESCENA VI.

D. Gabriel, Montoya.

Mont. Segunda vez nos enmonjan,
y cerrándonos las puertas,
solos, de noche y á oscuras,
á pares nos emparedan...
Pues cerraré yo por dentro,
ya que nos cierran por fuera.
Tú, que sabes lo que pasa,
ni tienes miedo ni tiemblas;
mas yo, que no he merecido
tantica historia siquiera
con que sobornar temores.
¡qué he de hacer, pese á mi estrella!

Gabriel. Todo ha de parar en bien.

Mont. No pare en la chimenea,
por donde á ciegas me embutan;
pongan luz y saquen cena,
y estémonos aqui un siglo.
(*Llaman dentro al torno.*)

Gabriel. Alli llaman.

Mont. Alli llega
tú, que eres el consiliario,
que yo en la dicha comedia
no soy mas que mete-sillas.
(*Vuélvese el torno con un billete y una luz.*)

Gabriel. Luz y papel.

Mont. Asi empiezan
los actos de nuestra farsa.

Gabriel. (Una es la nota y la letra
de este y de los otros tres,
y dice de esta manera.
(*Apártase de Montoya y lee.*)
«Madama Beatriz se alaba
»de que le habeis dado cuenta
»de secretos prometidos
»que el bien nacido conserva:
»Cárlos los sabe; Armesinda
»á todos los manifiesta;

»ya se los habrá contado
»á los tres duques Clemencia;
»ved si está puesto en razon
»que quien juramentos quiebra,
»cuando el premio que esperaba
»perdió, pase por la pena.
»Poneos bien con Dios al punto,
»porque dentro de hora y media
»he de hacer que en ese sitio
»encubra siempre la tierra
»lo que no encubristeis vos;
»que temo de vuestra lengua,
»si agora no la sepulto,
»que ha de hablar despues de muerta »
Esta es sofística escusa
de quien cavilosa intenta
honestar sus liviandades
al nuevo interés que afecta.
Ya Clemencia, ya Beatriz,
ya Armesinda la una sea
de las tres la enigma dama,
si ama á Cárlos la primera,
la segunda al rey francés,
y apetece la tercera
á Enrique, ¿qué maravilla
que recele que se sepan
los arrojos de su gusto?
Temerosa de mis quejas,
con la muerte me amenaza,
pero primero que muera
hará mi valor alarde
de la sangre que le alienta.)
(*Saca la espada.*)
Saca la espada, Montoya.

MONT. ¿Para qué la quieres fuera?

GABRIEL. Acaba, ó te mataré.

MONT. ¿Pues tú conmigo pendencias?
¿A cuchilladas me pagas
catorce ó quince cuaresmas
que he ayunado en tu servicio?
¿No digo yo que andan sueltas
por este cuarto de ahorcado

Margarusas? (Si me trueca
la cara algun gacipiro,
y que soy gigante piensa...)
Montoya soy, vive Apolo:
ten, señor, por Dios, vergüenza
de ensuciar tus blancas manos
en sangre lacaya.

GABRIEL. Bestia,
¿qué dices?

MONT. Las letanias.

GABRIEL. Mira que á matarnos entran
traidores disimulados.

MONT. ¿Hácia dónde estan que puedas,
encantado, verlos tú,
y yo agora llenos tenga
los ojos de cataratas?
A Dios y á ventura muera
todo fauno, sierpe ó grifo.
(*Saca la espada.*)

GABRIEL. Ponte á mi lado; no temas.

MONT. Si se ballare en toda Europa
quien mas desdichado sea
que yo...

GABRIEL. ¿Tiemblas?

MONT. Tiemblo y sudo;
olerásme, si te acercas.
¿Quieres ver cuán venturoso
soy? Pues escucha: una siesta
soñaba que me habia hallado
tres bolsas y dos talegas
de á doblones de á dos caras;
tendílos sobre una mesa,
y cuando empecé á contarlos,
al primero me despiertan,
dejándome de la agalla,
sin permitirme siquiera
que entre sueños recrease
mi codicia con su cuenta.
Soñé otra vez que me daban,
sacándome á la vergüenza
por las calles de la córte,
cuatrocientos de la penca.

Iba yo cari-vinagre,
llorado de verduleras,
entre escribas y envarados,
las espaldas berengenas;
y á cada «esta es la justicia,»
me pespuntaba el gurrea
los ribetes cuatro á cuatro,
cual Dios le dé la manteca.
Considera tú que tal
iria mi reverencia,
que vive Dios, que escocian
como si fuesen de veras.
Pues fué mi ventura tanta,
para que envidia la tenga,
que hasta el último pencazo
no desperté; de manera,
que cuando sueño doblones,
el primero me desvelan,
y cuando azotes, me obligan
que hasta el cuatrocientos duerma.
¿Hay bestia mas desdichada?
(*Grandes golpes á la puerta por dentro.*)

FELIPO. Si no abriere, echad por tierra (*Derecha.*)
la puertas.

MONT. Descomuna!
jayan, Tranquitrinco, espera.
Santiago y cierra España...

ESCENA VII.

D. GABRIEL, MONTOYA, ENRIQUE, *por la puerta secreta.*

ENRIQUE. Antes que ninguno venga,
sacad, español, la espada.
Mi venganza es la primera.

MONT. (¡Ay, que ya dan las paredes
paso á quien nos apalea!)

ENRIQUE. Aunque es mengua de mi sangre
medir mi hoja con la vuestra...

GABRIEL. Tened, tened, duque Enrique;
que hablar con tal ligereza

no es digno de quien, cual vos,
de bien nacido se precia;
y á saber quien soy, os juro...

ENRIQUE. Juramento en vano fuera.
Tambien jurasteis, Gabriel,
que no amabais á Clemencia...
Aqui mi espada os aguarda:
vuestro castigo allá fuera.

GABBIEL. Si castigo he merecido,
venga ese castigo, venga:
ya está abierto para todos. (*Abre.*)

ESCENA VIII.

FELIPO, BEATRIZ, CLEMENCIA, ARMESINDA, ENRIQUE, CRIADOS *y* DAMAS, D. GABRIEL, MONTOYA.

MONT. ¡Los duques y las duquesas!

FELIPO. Rendid, español, las armas.

GABRIEL. A los piés de vuestra alteza
ellas, el dueño y la vida.

MONT. La bolsa, el dinero y ellas.

FELIPO. ¿Es blason de generoso,
á costa de su nobleza
desasosegar palacios,
y, estranjero, hacer ofensa
de tanto príncipe y dama?

ENRIQUE. Yo vengar quise la afrenta,
y por eso estoy aqui.

GABRIEL. Quien á sustentar se atreva
que yo...

FELIPO. Ya se sabe todo.

GABRIEL. Hice cosa que no deba
ni aqui, ni...

FELIPO. Don Gabriel, basta:
dicho me han de esta quimera
lo que pasa, aunque es confuso.

GABRIEL. No yo á la menos; que precia
mi valor guardar palabras,
que tanto riesgo me cuestan.
Y pues contra esto me indician,

diga madama Clemencia,
diga Cárlos, señor mio,
Beatriz y su prima bella,
vuestra alteza, el duque Enrique,
¿cuándo permití á la lengua
secretos encomendados,
que de los labios escedan?

MONT. (*A Armesinda aparte.*)
¡Chiton, por amor de Cristo!
dama en cifra, niña almendra,
en lo de la sala y torno,
joyas, papel, noche y cena.

FELIPO. Cuál de estas tres, español,
mandándoos amar por señas,
es la sutil inventora
de tanto artificio?

GABRIEL. Fuera,
gran señor, afortunado
á alcanzar mis diligencias
la solucion de esas dudas.
No lo sé, si bien sospechas
tengo en todas tres.

FELIPO. Mostrad
dos papeles: que su letra
alumbrará confusiones.

GABRIEL. Dénme todas tres licencia
para hacer de ellos alarde;
que sin dármela, aunque muera,
no me atreveré á enseñarlos
por no ofender la una de ellas.

BEATRIZ. Yo os lo prometo.

CLEM. Yo y todo.

ARMES. Yo tambien.

MONT. Traza discreta
para deshacer pandillas.
(*Dáselos, y míralos, Felipo.*)

FELIPO. Ni de Beatriz, ni de Clemencia,
ni de Armesinda es la forma;
todos son de mano ajena.

MONT. Pues volvamos á tocar
tercera vez á tinieblas.

GABRIEL. Entonces, señor, matadme,

ya que se empeña en que muera
quien señas me da de odiarme:
pues que no aclara sus señas,
asi, muriendo, tendrán
reposo eterno mis penas:
bajo la tierra hallaré
lo que no encontré en la tierra,
la paz; y porque á mi muerte
no te arguya la conciencia,
escucha, duque Felipo;
voy á decirte la ofensa
que te hice, y estoy tan ciego
que no me arrepiento de ella.
Yo amo á Beatriz; á Beatriz,
á tu hija primogénita:
huir de sus ojos quise;
pero mi enemiga estrella
me engañó con esperanzas,
que ahora yo las lloro muertas:
este, Felipo, es mi crímen:
la adoro con mi fé entera;
no por ser tu hija, señor,
no por rica, sí por bella.

BEATRIZ. Basta, don Gabriel. Señor,
una inclinacion honesta
me ha obligado á estos engaños.

FELIPO. ¡Tú! ¿Qué dices?

BEATRIZ. Que confiesa,
lo que la lengua rehusa,
en la cara la vergüenza.
Si á él le das muerte, señor,
á mí me matas de pena.

ESCENA IX.

DICHOS, CÁRLOS.

CARLOS. Antes moriré á su lado
que en Francia persona ofenda
al de Nájara mi amigo.

FELIPO. ¿Qué es?

MONT. Es chilindrina nueva.
CARLOS. Mi hermano el rey se casó
con Ricarda, infanta inglesa;
y muerto en España el Duque
de Nájara, porque queda
sin sucesion, don Gabriel,
sobrino suyo, lo hereda.
Pésames y parabienes
os den juntos estas nuevas:
y vos, Felipo, á Beatriz,
permitiendo que merezca
mi intercesion y amistad
lo que esa dama desea,
que es juntar en don Gabriel
á Nájara con Lorena.
Mi esposa será Armesinda;
dando la mano á Clemencia
Enrique, porque amistades
desbaraten competencias.
Alcance yo vuestro sí.
FELIPO. Dueño es, señor, vuestra alteza
de mi voluntad y estado:
como lo dispone sea.
GABRIEL. A vuestros piés, gran señor...
FELIPO. Levantad; que asi se venga
de agravios, que amor enlaza,
la sangre noble francesa.
MONT. ¡Trinidad de desposorios!
Solo Montoya se queda
incasable ó celibato,
paralelo de una dueña.
(*Mirando al retrato del autor-*)
¡Señor! ese fraile...
GABRIEL. ¿Qué?
MONT. Nos está mirando...
GABRIEL. Si,
y hace señas...
MONT. Eso á tí
que yo de señas no sé.
GABRIEL. Comprendo; preguntaré
ya que en saberlo te empeñas:
(*Al público.*)

di, si aplaudes ó desdeñas
esta obra; lo pregunto
en el nombre del difunto
autor del *Amar por señas*.

FIN DE LA COMEDIA.

CATALOGO

de las obras Dramáticas y Líricas de la Galería

EL TEATRO.

Achaques de la vejez.
Angela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma.
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
Al cabo de los años mil...
Alarcon.
A caza de herencias.
A caza de cuervos.
Amante, rival y paje.
Amor, poder y pelucas.
Al llegar á Madrid.
Amar por señas.
Alumbra á tu víctima.
Amor de antesala.

Bonito viaje.
Boadicca, *drama heróico.*

Con razon y sin razon.
Cañizares y Guevara.
Cómo se rompen palabras.
Cosas suyas.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Cada cual ama á su modo.
Cocinero y Capitan.
Con el diablo á cuchilladas.
Costumbres políticas.
Calamidades.
Contrastes.

Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
De audaces es la fortuna.
Dos sobrinos contra un tio.
D. Primo Segundo y Quinto.

El anillo del Rey.
El amor y la moda.
El chal de cachemira.
El caballero Feudal.
El cadete.
Espinas de una flor.
¡Es un angel!
El 5 de agosto.
Entre bobos anda el juego.
El escondido y la tapada.
En mangas de camisa.
¡Está loca!
El rigor de las desdichas, ó Don Hermógenes.
El pacto de sangre.
El alma del Rey Garcia.
El afan de tener novio.
Esperanza.
El Gran Duque.
El Héroe de Bailen, *Loa y Corona Poética.*
¡En crisis!!!
El Licenciado Vidriera.
Echarse en brazos de Dios.
El Suplicio de Tántalo.
El Justicia de Aragon.
El Veinticuatro de Febrero.
El Caballero del milagro.
El que no cae... resbala.
El Monarca y el Judio.
El bollo y la viuda.
El beso de Judas.
El rico y el pobre.
El Niño perdido.
El amor por la ventana.
El juicio público.
El todo por el todo.
El sitio de Sebastopol.

Faltas juveniles.
Flor de un dia.
Furor parlamentario.

Hacer cuenta sin la huéspeda.
Historia China.
Hija y madre.

Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes.
Isabel de Médicis.

Juan sin Tierra.
Juan sin Pena.
Juana de Arco.
Judit.
Jaime el Barbudo.
Jorge el artesano.
Juana de Nápoles.

La escuela de los amigos.
Los Amantes de Teruel.
Los Amantes de Chinchon.
Los Amores de la niña.
Las Apariencias.
La Banda de la Condesa.
La Baltasara.
La Creacion y el Diluvio.
La Esposa de Sancho el Bravo.
Las Flores de Don Juan.
La Gloria del arte.
Las Guerras civiles.
La Gitanilla de Madrid.
La escala del poder.
La Hiel en copa de oro.
Los empeños de un acaso.
Las tres manias, ó cada loco con su tema.
La Herencia de un poeta.
Lecciones de Amor.
Lorenzo me llamo y Carbonero Toledo.
Lo mejor de los dados...
Llueven hijos.
Los dos sargentos españoles, ó la linda vivandera.
La Madre de San Fernando.
La verdad en el Espejo.
La boda de Quevedo.
La Rica-hembra.
Las dos Reinas.
La Providencia.
Las Prohibiciones.
La Campana vengadora.
La libertad de Florencia.
Los dos inseparables.
La pesadilla de un casero.
La voz de las Provincias.
La Archiduquesita.
La Crisis.
Los extremos.
La hija del rey René.
La bondad sin la experiencia.
Locura de amor.
La escuela de los perdidos.
La córte del Rey poeta.
La resurreccion de un hombre.
Las Barricadas de Madrid.
La Pasion de Jesus.

Mal de ojo.
Mi mamá.
Misterios de Palacio.
Martin Zurbano,
Mariana Labarlú.
Mi suegro y mi mujer.

Nobleza contra Nobleza.
Negro y Blanco.

Ninguno se entiende.
No hay amigo para amigo.
No es la Reina!!!

Oráculos de Talia.

Para heridas las de honor, ó el desagravio del Cid.
Pescar á rio revuelto.
Por la puerta del jardin.

Rival y amigo.

San Isidro (*Patron de Madrid*)
Su imágen.
Simpatia y antipatia.
Sueños de amor y ambicion.

Tales padres, tales hijos.

Trabajar por cuenta ajena.
Traidor, inconfeso y mártir.

Un Amor á la moda.
Una conjuracion femenina.
Una conversion en tres minutos.
Un dómine como hay pocos.
Una llave y un sombrero.
Una leccion de córte.
Una mujer misteriosa.
Una mentira inocente.
Una noche en blanco.
Un paje y un Caballero.
Una falta.
Ultima noche de Camoens.
Una historia del dia.
Un pollito en calzas prietas.

Un si y un no.
Un huesped del otro mundo.
Un ebroma de Quevedo.
Una venganza leal.
Una coincidencia alfabética
Una lágrima y un beso.
Una Virgen de Murillo.
Una aventura de Tirso.

Virginia.
Verdades amargas.
Vivir y morir amando.
Ver y no ver.

Zamarrilla, ó los bandidos de Serrania de Ronda

ZARZUELAS.

El ensayo de una ópera.
Mateo y Matea.
El sueño de una noche de verano.
El Secreto de la Reina.
Escenas en Chamberi.
A última hora.
Al amanecer.
Un sombrero de paja.
La Espada de Bernardo.
El Valle de Andorra.
El Dominó Azul.
La Cotorra.
Jugar con fuego.
La cola del diablo.
Amor y misterio.
El calesero y la maja.
El delirio.
Guerra á muerte.
Marina.
El estreno de un artista.

El Marqués de Caravaca.
El Grumete.
La litera del Oidor.
Gracias á Dios que está puesta la mesa.
La Estrella de Madrid (*Su música.*)
Tres para una.
La Cisterna encantada.
Carlos Broschi.
Galanteos en Venecia.
Un dia de reinado.
Pablito. (Segunda parte de Don Simon.)
Los dos Flamantes.
La vergonzosa en Palacio.
La Dama del Rey.
Estebanillo.
La Caceria real.
El Hijo de familia, ó el lancero voluntario.

Los jardines del Buen Retiro.
El trompeta del Archiduque.
Moreto.
Loco de amor y en la corte.
Los diamantes de la Corona.
Catalina.
La noche de ánimas.
Claveyina la Gitana.
La familia nerviosa, ó el sueg omnibus.
Las bodas de Juanita.
Mis dos mugeres.
Cuarzo, pirita y alcohol.
Pedro y Catalina, ó el Gra Maestro.
Los dos ciegos.
El Vizconde.
Los Comuneros.

La Direccion de El Teatro se halla establecida en Madrid, calle del Pez, núm. 40, cuarto segundo de la izquierda.